

Las fauces del diablo

Francisco José Jurado

El Jurado de este Premio estuvo compuesto por Anastasio Paredero Rodríguez, presidente; Concha López Díaz, Lourdes Ortega Puche, y Martín Martí Hemández secretario.

Blanco y en botella

Al levantarse comprobó que aquel maldito dolor era inmune al sueño, a las pesadillas y a las horas de vigilia. "La dieta del soltero" , se reprochó Benegas a toro pasado, dándole un repaso mental al menú de su última cena -básicamente fritos, colas edulcoradas y unas guarrerías de vivos colores e inclasificable sabor que encontró de oferta en la sección de congelados-, que engulló mientras veía, solo en casa desde el minuto uno al noventa, el partido de la *Champions League*. Todavía tenía la barriga hinchada, y el dolor iba a más, alcanzando en los peores momentos cotas de aullido lobuno que el inspector se tragaba como podía. Mientras se vestía y preparaba el café, cargado y también más solo que la una, no dejó de apretarse el abdomen ni de hacer flexiones y sentadillas en el salón y en la cocina -tenía comprobado de otras ocasiones que ese era buen remedio-, como si un imaginario entrenador le hubiese dicho que calentara en la banda para jugar unos minutos en el partido de ayer. En el portal, dudó si llamar a centralita y decir que no sabía si esta vez eran los malditos gases o era que, mientras mal dormitaba, el susodicho morlaco le había pegado una cornada en el bajovientre sin que él se hubiera dado cuenta, pero el aire cortante de la mañana hizo las veces de balón de oxígeno y le infundió los primeros ánimos del día, así que cuando la puerta se cerró a sus espaldas ya había desechado la idea del absentismo laboral. En la calle constató

que apenas podía caminar erguido, con pasitos muy cortos en todo caso, razón por la cual le costó un mundo adelantar al jubilado que llevaba delante, rompiéndole su ya de por sí cansino ritmo. Cuando, con mucho esfuerzo, lo sobrepasó, el anciano se quedó extrañado, mirando la cara de difunto que lucía el pobre hombre.que.le.esprintaba.por.la.derecha.

A medio camino entre su casa y comisaría sonó el móvil en lo más recóndito de alguno de los bolsillos del abrigo. O de la chaqueta. ¿O era del pantalón? A la cuarta descarga dio con él, tras manosearse buena parte de sus zonas erógenas con brío de adolescente. En la pantalla iluminada apareció un Mr. Smile con la sonrisa al revés, como si en lugar de boca tuviera una bóveda de cañón, el ceño fruncido y echando rayitos por la cabeza calva. Junto a él, dos sables entrechocaban sus hojas una y otra vez, en un combate perpetuo del cual salían chispas. No había duda, era el logo que Marita le había grabado para identificar las llamadas del.jefe,el.comisario.Espadas

Que vino a decirle, tras no más de un minuto de apresurada conversación, que cambiara de rumbo. Debía dirigirse de inmediato a la Facultad de Derecho y, por el tono contrariado de su voz, el revuelo que se intuía al fondo, con gritos y sirenas como inconfundible telón de la tragedia, y sobre todo porque Espadas le dijo que esas cosas mejor no se cuentan por teléfono, conforme guardaba otra vez el móvil en la más recóndita gruta de su indumentaria, Benegas se puso en lo peor. El caso es que el presunto lugar de autos quedaba en la otra punta de la ciudad y con su lamentable velocidad de crucero iba a llegar mañana por la mañana. Además hacía frío, demasiado frío para Córdoba a pesar de la inminencia de la Navidad, y ahora se arrepentía de no haber cogido el coche para ir caminando al trabajo y desatascarse así mínimamente las tripas. Y por si fuera poco, el 2-2 de ayer con.los.ingleses.casi

los dejaba eliminados por el maldito valor doble de los goles en campo.contrario.

Cuando bajó del taxi dio las gracias, no tanto por la rapidez del servicio como porque, durante el trayecto, el taxista le hubiera puesto al tanto de lo que le esperaba. "Con pelos y señales", apostilló el chófer. El hombre se había empapado todos los boletines de las emisoras locales desde las siete de la mañana y, al ver dónde se dirigían y quién era su pasajero - Benegas no tuvo más remedio que confesárselo ante su insistencia, hay gente que huele a la policía a distancia-, prácticamente le configuró un *dossier* de prensa mientras sorteaba el caótico tráfico sobre los puentes.del-Guadalquivir.

Benegas recordaba vagamente el vetusto edificio de la Facultad de Derecho, un antiguo hospital de incurables del Barroco, de cuando tuvo que dar allí unas conferencias sobre investigación policial dentro de unos cursos organizados por el departamento de Criminología; todo muy académico y muy moderno, con muchos jóvenes aguerridos y mucha fruta fresca. De haber seguido al pie de la letra lo que allí expuso, no habría resuelto un caso en su vida. Atravesó la cancela, no se fijó siquiera en los cuidados parterres del patio principal, subió la marmórea escalinata de acceso al edificio, y se internó por los pasillos, girando continuamente a izquierda y derecha, una y otra vez, como en un videojuego de guerra. Cuando estuvo a punto de declararse perdido en combate, le bastó con seguir a los grupos de alumnos y profesores que se encaminaban hacia el decanato con la cara desencajada para llegar sin tener que preguntarle a nadie. Haciéndose un hueco entre ellos traspasó la cinta blanquiazul que indicaba el territorio restringido para la policía y, allá al fondo, en la misma puerta del despacho del finado, le esperaba el comisario Espadas, ansioso y un tanto molesto por la tardanza, que así a botepronto poco más le pudo

decir de lo que ya le había dicho su desinteresado informante, mientras lo traía de camino.

El muerto era Diego Medina. "Don Diego Medina", puntualizó Espadas a media voz, como si de veras lo sintiese, pues así lo conocía todo el mundo en Córdoba; un tío con tantos cargos y presidencias que si hubiera que ponerlas todas en el diario la esquila iba a parecer el póster central. Aparte de ser el decano de la Facultad de Leyes, el tipo era el más joven catedrático de Andalucía, "y no sólo en su especialidad, sino así, en general", dijo Espadas, abarcando el mundo con sus manos para concretar esas explicaciones suyas, siempre tan precisas. -¡Ajá!-, procesó el dato Benegas, dándose por enterado, aunque él, y cualquiera que tuviera más de ocho años en Córdoba, sabía que Diego Medina era eso y mucho más. Bastante más: no había controversia jurídica, económica o política en la ciudad en la que no interviniese de una manera u otra, bien desde la posición indiscutible que le daban sus cargos en la Universidad -Córdoba no dejaba de ser, al fin y al cabo, una capital de provincias por mucho que hubiese crecido-, bien desde una escurridiza empresa de asesoramiento privado de la que era socio fundador, a pesar de no figurar en los papeles, pues semejante incompatibilidad la prohibía de modo taxativo la ley que él tanto defendía y enseñaba en las aulas; por lo demás, la asesoría era también la número uno en su materia por estos pagos - nunca mejor dicho lo de pagos, el taxista se explayó y quiso lucirse al llegar a este punto -, y reunía a la *creme* de la *creme* empresarial entre su cartera de clientes. Se diría que, de unos años a esta parte, el difunto señor Medina se había convertido en un peón imprescindible en la vida social de la ciudad. Lo corroboraba la columna diaria que firmaba en el periódico y sus intervenciones en el programa más seguido de la televisión local. Un tipo influyente, pensó Benegas. Un

tipo bien relacionado, en cualquier caso. - Lo encontró esta mañana la mujer de la limpieza, poco después de las siete y media. Desde entonces, la pobre se encuentra en estado de *shock*. La han llevado a la Cruz Roja, pero supongo que poca cosa más podrá aportar. Tal como ella lo encontró lo vas a ver tú. No me preguntes cómo, pero nos las hemos arreglado para que aún no hayan levantado el cadáver. Bueno, y ahora que ya sabes los pormenores, vamos para adentro; ya están todos ahí -dijo Espadas con cierto retintín, abriendo la puerta del despacho y cediéndole el paso. Benegas pensó que si hasta el juez había llegado ya, él debería ir urgentemente a hacerse una revisión del aparato digestivo. Aunque lo cierto es que el ajetreo le estaba viniendo bien como calmante.

El despacho del decano era tan inmenso como Benegas siempre se había imaginado que debía ser un sitio de esos: una especie de nave industrial pasada por el tamiz de las revistas de decoración pijas, con un recibidor, un largo pasillo a cuyos lados iban quedando dependencias más pequeñas, y una sala de reuniones lujosamente decorada. Un malpensado se diría entre dientes que tal vez, disimulado por alguna de esas puertas, lo más probable es que hubiera incluso un jacuzzi para sabe Dios qué poco académicas abluciones postcoitales. Al fondo del complejo estaba el despacho de trabajo propiamente dicho. Allí fue donde encontraron el cadáver.

Benegas carraspeó levemente para advertir su presencia a las dos espaldas que le cerraban el paso a la estancia, las de Vázquez y Marita concretamente, los cuales, una vez hubieron tomado las primeras y nerviosas declaraciones a la señora de la limpieza y a algunos compañeros de trabajo de la víctima, apoyaban a Sampedro y a Maqueiján en el objetivo de que los del juzgado no les levantasen ninguna prueba, cadáver incluido.

-Más fácil, blanco y en botella, jefa -sentenció el caso, con una osadía y un desparpajo que no escondían su evidente nerviosismo, el secretario del juzgado, un muchacho con las oposiciones recién sacadas que le tiraba los tejos a la juez, el muy iluso, ¡aún no conocía éste muy bien a la Salinas!, y que probablemente estaría ante su primer muerto colgante.

- Blanco y en botella, jefe, ya ha oído la voz de la experiencia - ironizó Vázquez imitándolo, y la verdad es que le quedó muy bien el tembleque de voz que delataba al chaval.

- No tengo la más mínima duda, Andrés - siguió el juego el inspector-. Pero no es lo mismo la desnatada que la entera con grumos, como a mí me gusta. O ese brebaje de condensada pastosa que sólo tú eres capaz de tragarte -con sólo imaginársela a Benegas se le revolvió de nuevo el estómago-. Además, y no sabría decirte por qué, pero me huele que la leche que nos han servido hoy en el desayuno lleva un tiempo largo caducada – concluyó.su.informe.preliminar.Benegas.

-¡Ah, entonces ya está! -dijo por sentado Vázquez. -¿Ya está qué? –preguntó.Benegas.fuera.de.juego

- Esa tibia palidez -siguió con la broma el subinspector- Por el desayuno, claro. ¡No va a ser la cara que se le queda a una después de lo de anoche...! Pero si ya tenéis una, hombre. ¡No querrás que la chamba del 92 se repita todos los años, digo yo! - ironizó Vázquez, con la anuente sonrisita de Maqueijan al fondo de la sala. Benegas teatralizó una mueca sólo para ellos, mohín despreciativo hacía la prepotencia madridista incluido, acusando la.puya.futbolera.

Desde la puerta, el secretario intentó no darse por aludido y se puso bajo la omnímoda protección del poder judicial y del poder femenino, que en ese momento cargaba contra Espadas.

- Bueno, pues si ya ha llegado la superestrella podremos

seguir con nuestro trabajo, ¿o no, comisario? -dijo, cáustica, su señoría Salinas, presta a concluir cuanto antes la desagradable tarea.

-Cinco minutos, señoría. Menos, si estos no se ponen a discutir -contemporizó Espadas, metiendo prisa a los suyos. Benegas no dijo nada al pasar junto a ellos, sólo sonrió cortésmente a la jueza para presentar sus respetos. Luego, con el eco amortiguado de la discusión a sus espaldas, se limitó a pasear alrededor del muerto, observándolo, intentando retener y ordenar detalles, nimiedades y desajustes; sintiendo aún la perturbadora presencia de la muerte, sonriéndole colgada desde la viga maestra, la muy traicionera. Por el lugar de donde pendía, prácticamente el centro de la habitación, y la distancia entre el cadáver y el suelo -los pies le quedaban a Benegas más o menos a la altura del abdomen-, Medina debió utilizar la mesa como punto de apoyo para saltar. "Si en verdad saltó", conjeturó Benegas ensimismado, fijándose también en la exquisita disposición del cadalso: alrededor del cuello un par de nudos simples, de una simplicidad y eficacia brutal, de esos que nunca fallan, aunque no sean tan vistosos como los de las películas del Oeste. Pero Medina no enlazó la cuerda a la altísima viga maestra de la que ahora colgaba -lo cual hubiese sido lo más normal y lo más directo-, sino que, tal vez no fiándose de la resistencia de la soga, y a modo de un macabro sistema de poleas, la había pasado por esa y por otra viga auxiliar cercana, también de gruesa madera, y aseguró todo este entramado atando el extremo de la cuerda al picaporte de hierro de una de las puertas auxiliares del despacho, la que daba a la sala de reuniones, cerrada ahora por obras de mejora. -¿Es por eso que la cuerda tiene manchas de yeso, o tal vez de cal, no? -preguntó Benegas a Ullastre, un taciturno

agente de la Científica que recogía las primeras muestras. - Es yeso, jefe -contestó Vázquez, y Ullastre confirmó con la cabeza-. Al parecer, con estos fríos están revisando el sistema de calefacción para instalar una bomba de calor más potente, y los obreros guardan en esa salita todos los utensilios. Hemos llamado a la empresa. y es cierto.

-y aquí he recogido varias huellas, incompletas casi todas - intervino Ullastre-. Lo más seguro es que sean de los trabajadores pero, en cualquier caso, hasta que no las analicemos... -pareció quedarse colgado de sus palabras el agente, volviendo a su estado natural de silencio.

Que es como permaneció Benegas mientras procesaba toda la información y se alejaba un tanto del cadáver, con pasitos muy cortos, caminando hacia atrás con una mano en la barbilla. Ante la exasperante parsimonia que se gastaba el inspector, la juez bufó, y alguno de sus auxiliares protestó no sé qué lindeza sindical. Maqueijan, que permanecía en el despacho por si su jefe necesitaba algo o por si había que echar una mano para descolgar el cuerpo, lo mandó callar. Las quejas sobre competencias profesionales e ineptitudes personales fueron *in crescendo*. Espadas apelaba a la calma, sabedor de la importancia del momento para la investigación futura. La juez dejaba hacer a los suyos, casi divertida; empezaba a creer en la teoría del lechero. Pero no dio tiempo a proseguir con juegos florentinos ni bravatas de opereta.

Porque en ese momento se escucharon en la habitación los melódicos acordes de la canción de moda para estas Navidades, pero pasados por el inequívoco tamiz de la última tecnología en telecomunicaciones. Todo el mundo miró a todo el mundo. Todo el mundo hizo amago de echar mano a su móvil, aún a sabiendas de que no era el suyo, como si fuesen pistoleros en un duelo a cámara lenta. Todavía tardaron unos

instantes en darse cuenta de que el aparato que sonaba insistentemente era el de Diego Medina, allá en el bolsillo de su pantalón. Ala cuarta llamada, la comunicación se interrumpió. El primero en reaccionar fue Benegas, oportunidades así no se le presentan a uno todos los días. Lo más seguro es que el número hubiera quedado grabado en la memoria, y le daba en el olfato que esa llamada perdida podía tener algo que ver con el asunto. Sujetó el bamboleante fardo por una pierna y, poniéndose de puntillas, metió la mano con dificultad en el interior del bolsillo. Ya había visto sus útiles de fumador encima de la mesa, pero ahora, con la nariz aplastada contra el cuerpo de Medina, comprobó que sus ropas exhalaban un ligero pero inconfundible aroma a tabaco de pipa, seguramente de importación. Menos mal que los bichitos carroñeros aún no habían comenzado a trabajar, se dijo, pues estaba visto que lo del olfato no era sólo en sentido metafórico. Sacó el teléfono con la punta de los dedos, tirando de la antena. Era de la misma marca que el suyo, sólo que diez o quince veces más caro, de esos que tienen *wap* y *web* en estéreo y en tecnicolor. Estaba toque te ando las funciones para encontrar la memoria cuando, de repente, volvieron a llamar. El sobresalto le hizo dar un respingo muy cómico que le hizo sentirse ridículo en medio de aquella situación. En la pantalla no había número alguno, sólo la palabra "anónimo". Ahora estaba seguro de su primera intuición. Una penetrante mirada a la juez, estilo *atrévase-a-decirme-que-no-lo-haga*, bastó como urgente autorización judicial para interceptar comunicaciones. Benegas pulsó la tecla del OK.

-Sí, dime -dijo el inspector con la voz más neutra y aséptica que fue capaz de articular. Luego carraspeó y tosió afectadamente, como si estuviera resfriado, al tiempo que ahuecaba el auricular con la palma de la mano. Le quedó tan

bien la maniobra de camuflaje que el "sí, dime" de la entradilla lo podría haber pronunciado el noventa por ciento de la población mundial. Aunque conociese a Diego Medina, el interlocutor debería ser alguien muy ducho o recurrir a un perito foniatra para descubrir el engaño a las primeras de cambio. -¡Que te diga! Me lo tendrás que decir tú a mi, ¿no, Diego? -el truco había salido bien, y no era interlocutor, era interlocutora: mujer, joven de no más de treinta, puro y seseante acento cordobés, demasiado nerviosa como para no tener nada que ver en todo esto, dedujo Benegas mientras separaba un tanto el auricular de su oído, para que también escucharan Vázquez, Marita y la juez-. ¿Cómo has sido capaz? Llevo hora y media esperándote, Diego; ¡hora y media! El jefe me va a machacar si me presento con las manos vacías. Dámela de una vez y nos olvidamos del asunto. No te quepa la menor duda de que nosotros cumpliremos; ¿te he fallado yo alguna vez, dime?. Benegas sabía que aunque hubo una lejana vez en que una sola palabra bastó para sanar, otras tantas en la vida esa misma y única palabra basta y sobra para mandarlo todo al garete. Dudó un instante cómo continuar, mirando fijamente a Vázquez, a Marita y al vacío, representado en esta ocasión tan abstracto concepto por el lomo de los libros de Filosofía Empresarial que tapizaban el despacho de Medina. Ante el prolongado silencio del impostor, la voz contraatacó, más nerviosa si cabe: -¿¡Pero qué coño quieres ya de nosotros, Diego, a ver, dime; qué más quieres?! Eres un cerdo, un maldito cerdo. Si tú me jodes, te voy a joder yo a ti, ¿me entiendes? ... No te he fallado nunca, pero si esta vez la cago voy a hacerte todo el daño que pueda, ¡maldito cabrón! Te vas a acordar de todo esto, te

vas a acordar. Te juro que te vas a acordar de mí -fue lo último que chapurreó la mujer, ya de forma entrecortada y llorando de rabia, antes de colgar.

Durante un buen rato sólo se oyó en la habitación el zumbido monocorde de la comunicación bruscamente interrumpida. Benegas y la jueza se miraron, ahora sí que parecía que iban a desenfundar de verdad. El inspector no pudo evitar fijarse en su pelo negro, lacio y brillante, en la belleza tallada y morena de sus pómulos y su cuello; en fin, en todo ese conjunto de primera madurez bien conservada que Esther Salinas dejaba traslucir. Y ya entrando en un punto de vista estrictamente profesional, para uno, aquello que acaba de suceder era una bendición del cielo, ese necesario e imprescindible punto de partida desde el cual puede que todo empiece a cobrar un cierto sentido. Puede, solamente puede, las cosas son así de complicadas. La lástima es que para la otra, *aquello* no fuese sino una prueba obtenida de forma ilegal.

- Ustedes y yo no hemos oído nada, ¿entendido? -instó a los policías sin dejar de apuntar con su mirada, también profunda y sugerente, un punto dulce en aquel rostro volcánico..., en fin, 10 dicho, a Benegas-. No pienso reflejar nada de esto en la instrucción.

-¡Señoría, por favor! -exclamó Benegas-. ¿Usted cree que un hombre así va a colgarse por las buenas sin dar más explicaciones? -le preguntó, señalando con la vista una de las fotografías que podían verse en el anaquel de una estantería llena de libros y códigos, perfectamente alineados por tamaños y colores, justo detrás de la que fue su silla de trabajo, en el testero principal del despacho. En la instantánea, Diego Medina se les presentaba acodado en plan tipo duro en la barra de algún incierto bar, con un traje gris de alpaca fina y una corbata de seda azul hábilmente desanudada, marcando ese pelo entrecano

que hace irresistibles a algunos cuarentones frente a las veinteañeras que aún siguen pensando que papi es el mejor del mundo, y con la tez bronceada y sonriente de los regatistas de las olimpiadas. De vivo y coleando, a Benegas, el despojo que ahora lo miraba alelado desde el umbral del más allá le pareció un trasunto local de George Clooney-. ¿Y qué me dice de la disposición de la cuerda, a qué viene toda esa tramoya? - Puede que fuese demasiado frágil; o que le resultase demasiado larga a pesar de la altura del techo y no tuviera con qué cortarla-contestó Salinas con su absoluta lógica procesal. -No digo que no -malencajó la réplica Benegas, a quien no gustaba que reprodujeran sus esquemas mentales, y esa posibilidad apuntada por Salinas fue la primera que calibró al ver la referida escenografía -; pero hay cosas que no me cuadran fácilmente, señoría. ¡Ya usted tampoco! Concédame al menos el beneficio de la duda, incluso antes de tener la autopsia. - Tenga cuidado, Benegas, tenga mucho cuidado con lo que hace o piensa hacer -advirtió la juez, pero era más por deformación profesional que para maniatarlo o entorpecer la investigación. No lo había tratado mucho, y tampoco sabría decir por qué, pero le calí'a bien el inspector. Estaba pasando una mala racha después de que su mujer lo hubiese abandonado, así que no era cuestión de darle la puntilla-. Y cuídese, Benegas, es verdad que tiene usted.mala.cara. -¡Eh...!, ¡ah, gracias! No ha sido la mejor noche la de hoy, la verdad -se desencajó un tanto Benegas con la inesperada cortesía-. Por lo demás, pierda cuidado, yo también hago mi trabajo lo mejor que sé y me dejan. Y aquí ya hemos terminado, por cierto. Si lo considera oportuno, puede levantar el cadáver. Y gracias de nuevo, señoría; esta vez por la colaboración -concluyó el.inspector. Benegas, Vázquez y Marita enfilaron la puerta del

despacho, dejando paso a los encargados del tanatorio para que se las entendieran con Maqueijan. Antes de salir, el inspector se fijó más detenidamente en una repisa que le quedaba a mano derecha, también cuajada de manuales, libros y fotografías. Entre estas últimas, por su formato, destacaba una de grupo, todos felices y contentos, con Medina en el centro como director de ceremonias.

-¿Yesos otros...? -preguntó. -Gente del departamento, becarios, colaboradores o algo así, según he creído entender -le informó Marita-. Y ese un poco más mayor de la americana a cuadros debe ser Luis Sarmiento, profesor titular, digamos que el segundo de a bordo tras el catedrático. Imagino que la foto la habrán tomado en alguna fiesta o viaje. Por lo que se ve había buen rollito aquí -conjeturó Marita.

-¿Tú crees?- preguntó Benegas con sorna, enarcando las cejas hacia el ahorcado. Marita se sonrojó por el desliz-. ¿Y qué se cuentan los *bappy-bappy*? ¿O le habéis hecho caso a mamá pato en eso de ser ciegos, sordos y mudos? -Sólo hemos podido hablar con dos de los tres becarios -afirmó Vázquez-. Sarmiento está en un congreso internacional sobre economía europea y no sé qué más, que se está celebrando en Faro, en el Algarve.

- ¡ Vaya de la playa! - exclamó Benegas haciendo un gesto de aprobación.

- El día que un congreso de esos se celebre en las Hurdes creeré que de veras sirve para algo, y se me saltarán las lágrimas de emoción -dijo Vázquez, sarcasmo galaico marca de la casa-. Nos hemos puesto en contacto con él a través de su esposa, una tal... -el subinspector hizo una pausa y rebuscó en su libreta, absolutamente desordenada-, Trinidad Belmonte; uno de los becarios nos ha dado su número. Así aligeramos

papeleo y nos evitamos explicaciones con la policía portuguesa; espero no haber creado un conflicto diplomático. Sarmiento me ha dicho que se ponía de inmediato de camino.

- Buen trabajo, Andrés -le aplaudió la iniciativa el inspector.

-Y luego nos falta la que creemos va a dar más juego, una tal Lourdes Reinares, esa morenita de la derecha que sujeta a Medina por la cintura mientras le sonrío -se la señaló Vázquez -. Cuando tú llegaste aún no había dado señales de vida.

-¿Desaparecida? -preguntó Benegas.

- No, no creo. Horario laboral universitario, jefe -apuntó Vázquez, sin asomo de ironía esta vez.

-Y la señorita Reinares va a darnos más juego por eso que yo solito, sin que nadie me ayude, soy capaz de imaginarme, ¿sí, o sí? -dedujo Benegas con la fotografía en sus manos, dando por seguro que la morenita de la derecha no le sonreía a Medina, vuelta de medio perfil hacia él y atrayéndolo con fuerza telúrica hacia su cuerpo, solamente porque fuera de natural simpática y divertida.

- Hay silencios y miradas que traicionan, jefe; y cuando hemos entrado en las relaciones personales en el departamento ha habido más de una duda.

- ¡ Vamos, que se la follaba cuando quería!, ¿no? ¡ Cada día salís más amariconaditos de la academia, Andrés: miraditas, susurros...! -rezongó Benegas, moviendo la cabeza en negativo. Daría lo que fuera por saber dónde demonios escondía el *jacuzzi* el par de tortolitos.

- Bueno, pues eso, que hay carnaza -concedió Vázquez, asumiendo el escaso lirismo de Benegas para según qué cuestiones, y excusando por medio de complicados gestos el uso de tan selecto lenguaje en la femenina presencia de Marita,

que los miraba a ambos de hito en hito, sin saber muy bien del todo dónde ubicar el comportamiento de su compañero, si en la más rancia caballerosidad o en la más absoluta gilipollez-. A ver si aparece de una vez la señorita -se quejó Vázquez, pasando página -. Maqueijan lleva toda la mañana intentando localizarla, pero no ha habido suerte. Tal vez fueran esas las palabras que había que pronunciar y nadie lo sabía. Al menos actuaron como una especie de sortilegio mágico, pues aún no había concluido el subinspector el conjuro cuando Lourdes Reinares hizo acto de presencia en el laberinto de despachos del decanato. Se dieron cuenta de su llegada al escuchar un llanto roto de fondo pues, nada más contarle lo ocurrido, la muchacha estalló inconsolable. Benegas se asomó al pasillo y sólo le dio tiempo a ver cómo la chica era abrazada, prácticamente engullida, por los otros dos jóvenes becarios, que intentaban calmarla en vano. -¿Quieres interrogarla tú, jefe? -fue coherente con el escalafón Marita.

- No, no, deja. Acabad vosotros el trabajo que habéis empezado - fue a su vez coherente con la lógica el inspector-. y en vista de las circunstancias, a la viuda no le apretéis mucho las clavijas, ¿vale? Por ahora. Vosotros lleváis el hilo de los interrogatorios. Esta tarde, primera reunión a las cuatro y media, y empezamos a desenredar la madeja. Mientras tanto, voy a darme una vuelta por ahí a ver qué averiguo sobre Medina, y luego confrontamos informaciones -dijo Benegas, a quien antes de hacer el retrato robot del posible asesino le gustaba siempre hacerlo del asesinado-. Empezaré por la cafetería. Bedeles, camareros y malos estudiantes son los que mejor conocen los entresijos de una Facultad, y no se me ocurre un mejor sitio para organizar una batida rápida. Si me necesitáis para algo, me localizáis en el móvil; algún año de

estos lo encontraré a la primera. Benegas dejó que Vázquez y Marita se fueran a lo suyo y él se dispuso a iniciar su tarea de hurón. En medio del pasillo como se encontraba, a punto estuvieron de arrollarlo. Se apartó a un lado, pegándose cuanto pudo a la pared, para que sacaran el cadáver. Conforme se dirigía a la puerta observó cómo, desperdigados por el vestíbulo del decanato y por dos de los despachitos contiguos, su señoría y el séquito de su Ilustrísima se afanaban en terminar el papeleo para salir zumbando lo más rápidamente posible y cambiar de aires. Benegas se puso entonces a tiro del secretario parlanchín y le hizo una señal para que se apartara discretamente del grupo. El muchacho se temió lo peor, aunque no sabía qué en concreto. El inspector lo abordó en tono confidencial; tranqui, chaval, todos la hemos cagado alguna vez, son cosas que hasta te hacen gracia cuando las recuerdas de veterano.

- Verá, no he podido evitar escucharle decir, hace un rato, que usted conocía bien al fallecido.

- Bueno, todos lo conocíamos aquí, señor inspector. Era una institución en la Facultad -tanteó el secretario.

-Sí, claro, comprendo -dijo Benegas-, pero usted ha dicho que fue alumno suyo hará solamente un par de años, y que incluso colaboró con él en este departamento, ¿no? ¿Lo trató usted mucho? Dígame, ¿cómo era realmente Diego Medina?

El muchacho dudó un instante, no sabía dónde quería llegar el policía ni adónde podría llevarlo lo que a continuación iba a decir. Miró fijamente a través de su interlocutor y contestó:

-Pues era un cabrón, señor inspector, qué quiere que le diga. Un auténtico cabrón. Con todo el mundo. Y ahora, si me disculpa, creo que nos marchamos ya -se excusó azorado, más

por zafarse de la incómoda situación que por la prisa que le metían sus compañeros con trienios. -¡Ah, sí, sí, claro! No lo molesto más, disculpe. Benegas le agradeció la sinceridad y lo dejó marchar a su querencia. Así que ya tenía el primer trazo de su retrato-robot: un auténtico cabrón con pintas que recibía llamadas de mujeres al borde de un ataque de nervios. 11 Blanco y en botella, Benegas. Blanco y en botella ", se dijo en voz baja el inspector, que cuando hablaba consigo mismo se trataba por el apellido, comprobando cómo el mecanismo de su cerebro comenzaba poco a poco a trazar un camino, no más que un incierto sendero todavía, una tesis nebulosa que esperaba fuera tomando forma: o mucho se equivocaba o esto olía demasiado a *cherchez la femme*, asuntos de faldas, gatitas calientes buscando cobijo y todo eso. En fin, lo de siempre. Si es que no cambiamos desde lo de los dinosaurios.

Cómete mi alma, devórame el corazón

Al no ver luces en la casa ni en el jardín se dijo, una de dos, o que Diego aún no había llegado, lo cual le extrañó sobremanera pues debía estar esperándola impaciente desde hacía un buen rato, o que hoy tocaba jugar. Se excitó con sólo pensarlo, y se alegró de haber elegido la lencería adecuada. Aparcó, subió las escaleras con sigilo y abrió la puerta procurando no hacer ruido. Eso era parte esencial de las estrictas reglas del juego, del juego que más les gustaba jugar a Diego y a ella. Colgó el abrigo en la percha de la entrada a tientas. Conforme cerraba, una ráfaga de claridad inmediatamente barrida por la sombra de la puerta le permitió entreverlo allá, al fondo del pasillo, esperándola inmóvil, como si llevase un rato al acecho. A Lourdes le sonrió entonces todo el cuerpo. Sí, hoy tocaba jugar, estaba claro. Comenzó a quitarse la ropa con exasperante lentitud, una prenda a cada paso que daba, mientras jadeaba con fuerza en medio del silencio de la noche, de la oscuridad del mundo. El pasillo quedó sembrado de minas que olían a perfume y sexo. El retrocedió unos pasos, como atolondrado, y Lourdes sintió cómo Diego se excitaba cada vez más con su contoneo vaporoso, con su respiración provocativa. Ya sólo con unas medias de rejilla y unas minúsculas bragas transparentes llegó hasta donde él la esperaba. Notó la respiración violenta de Diego, estrepitosa, como si fuesen a ejecutarlo de un momento a otro. El siempre le decía que cada

martilleo.de.sus

afilados tacones podía ser la bala que lo enviase al otro mundo, a un mundo de sensaciones distintas, de sexo y placer en estado puro, sin ningún tipo de interferencias. Sin palabras. Sin halagos. Sin mentiras. Como los animales, sin importar otra cosa que el instante y el puro sexo. En eso consistía el juego. En eso y no en otra cosa: en llegar hasta los umbrales de la muerte para justificar el siguiente instante de vida. Lourdes sintió su calor de hombre y se humedeció con estrépito. Comenzó a desnudarlo, jadeándole al oído, verdaderamente excitada ella también al tenerlo a su merced, llevando la iniciativa. Ayudada por un movimiento mecánico de Diego, se deshizo de los pantalones con facilidad, le masajeó suavemente los testículos y se restregó contra su cuerpo como las bailarinas americanas de *striptease* lo hacen contra la barra metálica del escenario. Acto seguido, lo lamió y mordisqueó, susurrándole lascivia por cada poro de su ser. Al borde del abismo, Diego apoyó la espalda en la pared, abrió ligeramente las piernas y se preparó para recibir aquella oleada de sexualidad. Entonces ella se puso de rodillas para la felación, jugueteando con su lengua antes de introducísela en la boca. Notó cómo Diego intentaba por todos los medios contener sus gemidos, sin lograrlo. Hoy estaba ganándole la partida, se dijo Lourdes sin abandonar su labor. Cuando lo creyó a punto se incorporó, le puso el dedo índice en el pecho, rozándolo apenas, como si fuese a dispararle la bala de la verdad, y lo encaminó hacia el dormitorio. El siguiente paso de esta coreografía sin música le correspondía darlo a él. Como si se tratase de su sombra desnuda, Diego se situó a su espalda y la abrazó con fuerza, besándola en la nuca, guiándola así hasta la cama. Allí, Lourdes lo cogió de las manos, lo recostó con suavidad y se subió a horcajadas sobre él, pubis contra monte de Venus, iniciando un movimiento circular de caderas, lento al principio, intentando

succionarle las entrañas después; él dejándose hacer, ella dejándose ir. Al rato, Lourdes se desencajó. Quería más. Hoy era un gran día, uno de los grandes, así que se propuso llevar el juego hasta sus últimos extremos: ser sólo sexo en medio de la nada absoluta, de ese silencio sobrecogedor al que ambos se obligaban mientras copulaban, de esa oscuridad seminal que los excitaba hasta extremos insospechados y los hacía más fuertes, más vivos, más humanos. Quería que Diego la poseyera brutalmente, que le destrozara el alma si fuese necesario, pero sin que apenas la rozara con su carne; quería, en definitiva y con urgencia, que la poseyera, que la machacara por detrás. Sería el más digno colofón para una noche como ésta. Se incorporó entonces, atrayéndolo ligeramente hacia sí. Diego intuyó al instante. Se dio la vuelta ante él, se puso de rodillas y elevó la pelvis, ofreciéndole la vulva jugosa. Luego cogió su pene estruendosamente erecto, acariciándolo, y se lo introdujo ella misma con facilidad, sintiendo cómo esa carne caliente penetraba rítmicamente en lo más profundo de su ser, haciéndolo vibrar, haciéndola vivir. Durante unos escasos segundos, Lourdes sólo estuvo unida al mundo gracias a ese martilleo cilíndrico y tumefacto que la dejó a las puertas del orgasmo. No hubiese sabido decir cuánto tiempo estuvieron así, colgados del universo, ajenos el uno al otro mientras se necesitaban para existir. Otra de las reglas básicas del juego era no pensar demasiado. Fue a la última embestida, esa que le llenó las entrañas de Diego, cuando se dejó vencer al fin. Sobre los gemidos ahogados de él, cada vez más tenues, Lourdes murmuró entrecortadamente, un susurro apenas audible entre el placer cadencioso, "cómeme el alma, corazón". Luego resopló, exhausta, y se dejó caer sobre su lado de la cama, desmadejada sobre las sábanas y su propio sudor. Al cabo de un rato, cuando la creyó dormida, Diego le acarició el perfil, los labios mojados,

algún bucle del cabello.
Su tacto la situó de nuevo en la realidad, y Lourdes fue consciente de que una vez más había vuelto a perder: de nuevo había dejado traslucir sus sentimientos. Diego no lo había hecho nunca, tal vez porque lo prohibían las estrictas reglas de sus juegos, tal vez porque no los tuviese, musitó para sus doloridos adentros. Diego era de los que siempre se salía con la suya. Seguro que ahora se estaba corriendo otra vez de gusto, el muy cabrón, se dijo con una sonrisa blanda en los labios, antes de verse arrastrada a la más dulce de las duermevelas.

Frío, como el beso de tus labios fríos

El resto de la mañana se le fue recabando información sobre Diego Medina. Lo hizo directamente, sin preámbulos y sin andarse por las ramas, preguntando a cualquiera que pudiese ofrecerle el más mínimo detalle de su personalidad, así que fue una mañana muy fructífera porque, superados los primeros y lógicos recelos, hay que ver lo que da de sí una lengua cuando empieza a largar aquello que tanto tiempo lleva queriendo decir. Como, visto lo visto, almorzar aunque sólo fuera una triste ensalada le haría más daño que otra cosa, desde la Facultad se dirigió directamente a su despacho. Así iría adelantando trabajo mientras llegaban los demás, se dijo. Y así se ahorrraba también la sensación de abrir la puerta de casa y que el largo pasillo le pareciese la milla verde, con un tétrico y solitario sillón al fondo, en lugar de la temible silla eléctrica. Tras varias y potentes descargas consiguió fulminar el recuerdo de Blanca. Aún no se acostumbraba a su ausencia, a pesar de que lo suyo parecía cantado según todo el mundo. Luego se puso en contacto con las distintas operadoras telefónicas, solicitando le suministraran toda la información disponible sobre las líneas de Diego Medina, en especial durante la última semana. Mientras, telefoneó al Anatómico y le alegró escuchar al otro lado la voz de Pozo, su amigo forense. La autopsia le había tocado a él, así que ambos se pasaron un buen rato

fabricando hipótesis, intercambiando conjeturas. Cuando colgó, Benegas cribó los datos recibidos y realizó comprobaciones. La mayoría de los titulares de esas líneas eran mujeres, ciertamente, pero al poco dio con ella, con la mujer que él iba buscando. No dejaba de ser sorprendente la identidad de la autora de esa llamada, pensó, sobre todo porque se amoldaba como un guante de látex a las coordenadas mentales que él se había diseñado para este caso. Un caso complicado, se reconvino Benegas, no lo dudes. Y no se estaba refiriendo únicamente al plano policial. LO supo desde que vio aquellas fotografías. Y luego lo corroboró hablando con el secretario del juzgado, "un verdadero cabrón, señor inspector", y con todo aquél que se le pusiese a tiro en la cafetería de la Facultad. El que más suavemente se lo describió - un compañero de claustro que lo conocía demasiado bien, según sus propias palabras-, le dijo que Medina era de esa clase de hombres que sólo disfrutaban acumulando poder. Y demostrando de continuo que lo tienen, paladeando la sumisión y el miedo en los ojos de los demás; uno de esos tipos a los que no les importan los muertos que van dejando en la cuneta, hasta que el fantasma de uno de ellos se levanta y le recuerda al muy imbécil que todos somos cadáveres en potencia. Soltero y sin compromisos estables conocidos, nadie podía decir a ciencia cierta sobre cuántas alumnas había ejercido ese fascinante poder en la penumbra de su departamento, pero en lo que casi todos coincidían era en calcularle una fortuna más que considerable. Desde luego, coligió Benegas, su muerte no había causado un hondo pesar en la comunidad universitaria e incluso los más parecían alegrarse, aunque nunca lo reconocerían ante el inspector encargado de aclararla. Pero, y él. ¿Qué pensaba él en estos inciertos comienzos de la investigación? De repente, se sintió incómodo. Por experiencia sabía que esos vericuetos

magretianos no llevaban a ninguna parte. Era algo difícil de explicar, sobre todo para un policía de homicidios, pero hay veces en las que el fiel de la balanza se desequilibra bruscamente, y las simpatías no siempre apuntan hacia la víctima. Benegas se estremeció cuando fue consciente de que podría llegar a comprender que alguien hubiera matado a un hombre como el que la mayoría de los interrogados le habían descrito; que incluso tal vez él, llegado el extremo, podría hacerlo sin que le temblase demasiado el pulso. Cuando, puntual, a las cuatro y media, el equipo se reunió para evaluar el estado del caso y las actuaciones a seguir, Benegas aún pensaba en ello. Un caso complicado este, en efecto. Muy complicado. Pero bueno, al menos él ya había dado el primer paso para que dejara de serlo. Así que, con el grupo que espantaba todas sus dudas y miserias de policía veterano ya reunido, esperando que el jefe les dijera qué hacer, qué caminos trillar, Benegas cerró el bloc de anillas donde había ido medio ordenando los primeros apuntes e ideas sobre el caso y, sin darse más caba metafísica, con la última de sus averiguaciones, abrió la sesión. -Nuestro manojito de nervios se llama Susana Vidal... -dijo Benegas.

-¡SU Vidal! ¿La *miss*? -lo interrumpió Marita. -La misma -jugó con las eses el inspector-. Acabo de comprobarlo. Coinciden su número y la hora. O debería decir mejor sus números y las horas. Los tres últimos días prácticamente acosó a Medina por teléfono. Lo llamó desde el móvil, desde su casa y desde una cabina cercana a su domicilio. No se escondió, desde luego. Ahora nos toca investigar quién es ese jefe que la va a machacar y qué era eso tan importante que Medina tenía que entregarle. El porqué no se llevó a cabo la entrega nos abre dos hipótesis: una la invalidaría como autora, puesto que la misma debería haberse realizado ayer o a primera

hora de hoy como muy tarde, y me ha dado la impresión de que ella aún lo creía con vida cuando lo llamó esta mañana. La otra hipótesis es que Susana Vidal sea mejor actriz de lo que algunos pregonan y se esté fabricando una coartada en nuestras propias narices; es decir, que fuese ella quien se lo cargó, tras no conseguir lo que iba buscando o una vez que lo tenía en su poder, eso no lo sabemos aún, y luego hiciese una llamada de pega a su móvil cuando supuso que la policía ya estaba hurgando en el lugar de los hechos -inició su exposición Benegas-. Veremos qué nos cuenta esta tarde cuando Sampedro y yo la interroguemos.

- Pero tú estás de acuerdo con la crítica especializada, ¿no, jefe? -preguntó éste para ir fijando las ideas básicas de ese interrogatorio, y dejando a Vázquez, que hizo ademán de intervenir, con la palabra en la boca. -Yo me remito a las evidencias, Pepe. Y si, como sospechamos, no se trata de un suicidio, ¿para qué se van a dar entonces el trabajo de colgarlo sino es para jugar con las coartadas? -preguntó Benegas, poniendo cara de evidencia-. Ahora bien, tendremos que saber si Medina murió ayer y nos quieren colar que se ahorcó esta mañana en su lugar de trabajo, o si por el contrario se lo han cargado hoy y quieren que nos creamos que murió la noche anterior para, mientras tanto, buscarse un bonito colchón de varias horas. Pozo ha quedado en llamarme en cuanto tenga los resultados. Intentará que sea lo antes posible, aunque está sólo y hasta arriba de trabajo, me ha dicho. Como todo el mundo, más o menos -divagó el inspector, aplicándose el ejemplo-. Hasta entonces no podemos cerrar ninguna puerta, incluida la de esa tercera posibilidad que tanto me cuesta creer: que la cosa sea más simple y Medina, en realidad, se haya suicidado.

-O que alguien lo haya forzado a suicidarse -apuntó

Marita.

-Se admite esa cuarta también -admitió Benegas-. ¿Se os ocurre alguna hipótesis más? -preguntó a su auditorio-. Bien, *rien ne va plus* -cerró esa partida al comprobar el silencio, y le dio pie a Vázquez, que llevaba un rato queriendo intervenir-. Dime, Andrés. -Sí, jefe, verás... -comenzó el subinspector-, la primera apuesta sería un poco arriesgada porque al menos una cosa sí que sabemos ya, y es que Medina tuvo que morir necesariamente esta mañana, no ayer - Benegas se extrañó ante este nuevo dato: ¿qué quería decir necesariamente? Por qué demonios necesariamente, se preguntó. La respuesta le vino de corrido-. Reinares..., la morenita..., en fin, ya me entiendes - prosiguió Vázquez -, asegura que pasó toda la noche con él, en su casa. Por eso Maqueijan no pudo localizarla. Tenía el móvil apagado y a nadie se le ocurrió llamar a casa del muerto, la verdad sea dicha -dijo, buscando con la vista la complicidad de Marita, que asentía desde un rincón del despacho; por eso había puesto sobre el tapete esa cuarta posibilidad-. A quien nos quiera hacer creer que Medina murió ayer se le acaba de venir el tinglado abajo porque Reinares jura y perjura que estuvieron toda la noche juntos. -¿Eso ha dicho? ¡Vaya...! -exclamó Benegas incrédulo, viendo cómo se descabalaba de golpe su primera teoría del caso, más en fuera de juego que el gol que ayer les anularon en el último minuto contra los ingleses. Benegas no era un experto en la textura de la muerte, pero estaba convencido de que el catedrático llevaba varias horas colgado cuando la mujer de la limpieza lo descubrió. Por pura técnica policial no lo había reconocido abiertamente ante su equipo, cuando Sampedro lo apuntó minutos atrás, pero lo cierto es que casi lo había dado por sentado sin calibrar otras hipótesis, se

reprochó a sí mismo. Y ello por dos razones: el cuerpo apareció a las siete y media, minuto arriba minuto abajo, y aunque la Facultad se abría a las siete en punto, lo cierto es que Medina no solía dejarse caer por su trabajo antes de las diez, o diez y media. Horario universitario, que diría Vázquez. La segunda razón le parecía aún más convincente: cuando lo cogió para interceptar la llamada de Susana Vidal, comprobó que al teléfono móvil de Medina apenas le quedaba un hálito de batería. Alguien con tantas ocupaciones cuida esos detalles y no empieza así la jornada. Más o menos eso era lo que le había comentado a Pozo por teléfono. Éste le dijo que no podía asegurarle nada todavía pero que, en todo caso, pronto saldrían de dudas, y volvió a reiterarle como despedida que le daría prioridad a esta autopsia. Más valía que así fuese, se dijo un Benegas meditabundo porque, tal como se estaban poniendo las cosas, la hora de la muerte devenía crucial para despejar las primeras incógnitas.

- Eso nos dijo, jefe. Y parecía muy, muy segura -intervino Marita-. Tanto que tuvimos que volver a tomarles declaración a los otros dos. Andrés y yo también dimos por supuesto que a Medina lo estrangularon y colgaron ayer, así que tuvimos que recomponer el esquema de horarios y coartadas. Ahora habrá que comprobarlas con más calma.

-De eso se ocupa Maqueijan -le encargó Benegas y éste asintió-. Pero primero tendremos que ver si Reinares nos ha dicho la verdad. Tal vez sea ella la primera interesada en eso, en que nos despistemos recomponiendo horarios y coartadas.

-Mañana van los de la Científica a comprobarlo a casa de Medina -dijo Vázquez.

- Estupendo, así empezamos a aclarar un poco el panorama. Bueno, y nosotros vamos a ver cómo nos organizamos... se dio el inspector una mínima tregua para encajar las contrariedades

que empezaban a amontonarse en la investigación y repartir misiones-. Tú, Andrés, investiga el chiringuito que Medina tenía montado con la asesoría fiscal, a lo mejor sacamos algo en claro por ahí. Me juego la mano derecha a que en la lista de clientes figura Calvente Import & Export S.A., la empresa del flamante de la *miss*, algún chanchullo tendrían entre ellos, seguro. y tú, Marita: vida y milagros del joven y brillante decano, o catedrático, o lo que carajo sea. Más que los enemigos, que ya he comprobado yo esta mañana que no hacía buenas migas con el noventa y cinco por ciento de los habitantes del planeta, entérate de con quién estuvo liado en los últimos años, aunque me juego la otra mano a que en esa lista vas a encontrar a la belleza local del 98, doña Su Vidal, entre otras -dijo Benegas, que era muy aficionado a jugarse partes de su anatomía cuando creía que llevaba buenas cartas- . y tú, Sampetro, te vienes conmigo a hacerle una visita a Miss Córdoba, y que nos cuente cómo tenía pensado joderle la vida a Medina -estableció el libro de ruta el inspector-. A la luz de lo que vayamos sacando, que espero sea algo jugoso -aventuró Benegas, aunque ya no le quedaba extremidad superior que apostarse-, habrá que hablar de nuevo con la gente del departamento, empezando por Lourdes Reinares, y ver si los hemos pillado en un renuncio, ¿correcto? Un murmullo atenuado, con su consiguiente cabeceo, fue la respuesta del grupo, cada cuál pensando desde ese instante cómo mejor meterle mano a lo encomendado. Pero antes de disolver la reunión, Benegas quiso que todos los puntos quedasen fijados sobre las íes. Hasta sobre las griegas si hiciese falta, así que prosiguió:

- Me gustaría que, con la ayuda de Marita y Andrés, que nos llevan terreno ganado en esto, situásemos cada pieza en el tablero. Según he creído entender esta mañana, en la universidad

un catedrático es lo más parecido a Dios en la tierra. Y su palabra es la Biblia, amén. Y ya sabemos que Diego Medina no era precisamente un dios clemente y misericordioso... -le dio pie a Vázquez con su silencio. -Así es, jefe. Y la cosa se complica cuando el todopoderoso debe escoger a uno, y expulsar a los otros dos del paraíso. -O sea -intervino Marita al ver la cara que iban poniendo sus compañeros ante tan teológico comienzo-, que de los tres becarios del departamento sólo uno iba a obtener la plaza fija que se acaba de convocar, un trabajo fijo y sin sobresaltos hasta la jubilación, mientras que los otros dos tenían los días contados. Y convenientemente apuntado lo que podría ser un primer móvil factible, Vázquez y Marita evacuaron al alimón algo parecido a un informe preliminar sobre las investigaciones que habían realizado a lo largo de esa mañana. -Aparte del fallecido, como catedrático y responsable de las vidas y haciendas del resto -era Marita quien dibujaba el árido paisaje administrativo-, el departamento de Derecho de la Empresa, Economía y Mercado lo componían, además, un profesor titular y tres ayudantes de investigación, que era el nombre que ahora se les daba a los becarios y becarias de toda la vida para soslayar la dudosa fama que últimamente acompañaba a sus difusas funciones -apostilló Marita con tonillo-; eternos aspirantes a conseguir ese puesto seguro y fijo, de esos que se dicen para toda la vida, en la administración pública universitaria, aunque para ello tuviesen que asumir tareas que nunca estarían dispuestos a reconocer. Bien entendido que me estoy refiriendo únicamente al ámbito intelectual, por supuesto -aquí hubo algo más que sonrisas. -A una ya la conocéis, Lourdes Reinares, la última que vio con vida a Medina -continuó Vázquez-. Estaba liada

con él desde hacía por lo menos año y medio, y era *vox populi* que esperaba que eso la beneficiase para ser la elegida - Benegas asintió. Fue lo primero que le dijeron en cafetería sin que él lo preguntase siquiera. Y el del taxi también enfiló ese rumbo. Ese hombre tenía madera-. Los otros dos son Rafael Aguilar y Armando Soriano. Los hemos bautizado como el alternativo y el pijo, para simplificar -hizo un alto Vázquez, antes de proseguir. Benegas carraspeó, escondiendo una sonrisa, y les alabó el tino. Cuando esta mañana los vio por primera vez, pensó que el departamento de Economía y Empresa había querido reunir en su seno la más cabal representación de la mayoría social y política de la ciudad, cada uno dentro de su estilo, pues, desde que la democracia llegó a Córdoba hacía ya casi treinta años, el poder municipal y el favor de los votantes se lo habían repartido únicamente dos grupos: el más retrógrado de los comunismos, y el más duro de los sectores de la derecha, esos que votan al PP porque no hay otra cosa. En Córdoba no había término medio, no había sitio para socialdemocracias, centros liberales ni experimentos con gaseosa. Y allí estaban esos dos para certificarlo. Aguilar iba vestido con una especie de poncho abierto de tricota con motivos étnicos en las mangas, *foulard* multicolor haciendo las veces de bufanda, pantalones también anchos, de gruesa tela militar, sin correa y probablemente con varias manifestaciones antiglobalización encima, y unas botas de montaña que a Benegas le parecieron de carísima piel curtida a mano. Por el contrario, Armando Soriano podría pasar por el icono a imitar para cualquier tienda de ropa de marca, gastaba tonos pastel hasta en las hebillas y se peinaba y afeitaba más a menudo que el otro, eso saltaba a simple vista. Desde luego, se dijo el inspector, si lo que Diego Medina pretendía era quedar bien con los rancios sectores dominantes

en la ciudad, y al tiempo tener un reflejo de las diversas corrientes económicas actuales, con esos dos especímenes bajo su dirección académica lo había conseguido de pleno. -No pegan ni con cola -pareció leerle el pensamiento Marita -, pero nos ha dado la impresión de que hacen buenas migas, tal vez sea cierto eso de que tener un enemigo común une. A grandes rasgos sus declaraciones coinciden: ambos estuvieron en el departamento trabajando en sus tesis doctorales hasta bien entrada la tarde, los dos juntos. Luego Soriano se marchó a casa y salió con su novia hasta las diez, o diez y media. A esa hora regresó de nuevo a su casa. Dice que sus padres pueden atestiguarlo. A Aguilar lo recogió su compañera, así la llamó el muy cursi -apostilló Marita-, en la misma facultad, estuvieron como mínimo un par de horas en algunos bares de los alrededores, donde se supone los conocen y nos será fácil constatar si dice la verdad, y regresaron después al piso donde viven alquilados con otra pareja y una amiga de la chica. -Pschiiiss, no sé... -dejó escapar Benegas. Cuando las coartadas buscaban el refugio de la familia él siempre se poliía en guardia. ¿Qué os han parecido a vosotros? - Habrá que investigarlos más, pero Soriano me ha parecido uno de esos tipos con vida de terciopelo que sólo aspiran a pasar desapercibidos y a que todo les siga yendo igual, jefe. Será un profesor universitario ejemplar -profetizó Vázquez, y Marita asintió-. Y el otro más o menos lo mismo. Por mucho que se disfrace de revolucionario, ahí van todos a lo que van. Los dos debían tenerle un miedo sacramental al dios Medina, como tú lo llamas. ¡Me cago en la..., si todavía lo miraban asustados cuando se lo llevaban metido en la bolsa de cadáveres! -exclamó el subinspector pasando algunas hojas de su libreta-. También tengo aquí apuntado que no me gustó la forma de mirar de Soriano, demasiado esquivia, nunca de

frente, como midiéndote de perfil; uno de esos tipos de los que nunca me fiaría. Tal vez estuviese abrumado por los acontecimientos o tal vez se trate sólo de timidez, pero me llamó la atención. Por el contrario, el otro parecía haber aceptado los hechos más rápidamente y hablaba como si todo estuviese perdido de antemano, pero manteniendo siempre la calma. Me pareció un tipo más, no sé, cómo diría, más calculador que el otro; aunque tal vez sea sólo más mansurrón, no sé si me explico. - Esos son los que pegan los peores arreones; no te fies, Andrés - rebatió Benegas echando mano de su culturilla de aficionado. -Aunque lo disimulen y la abracen con fervor, ninguno de los dos siente una excesiva simpatía por su compañera, no sé a quién quieren engañar -prosiguió la subinspectora, a la cual le verdeaban aún más los ojos cuando cogía carrerilla-. A ambos les dirige sus tesis Sarmiento y los tres forman un equipo de investigación homogéneo, con varios años de antigüedad y cierto prestigio en el mundillo académico. Como podréis imaginar, a Reinales la dirigía exclusivamente Medina y los dos iban un poco más por libre; dentro y fuera del departamento. Sólo uno accedería a la plaza fija en juego, y no hace falta que os diga cómo funciona la Universidad..., así que sus posibilidades se reducen a algo menos que cero, supongo. A ello hay que añadir además, como Andrés apuntó al principio, que tanto a Soriano como a Rafael Aguilar se les acaba el periodo de beca al final de este curso, así que probablemente se encuentran ante su última oportunidad.

-¿A quién beneficia una muerte, no es eso?- se interrogó Benegas-. La gran pregunta de siempre. ¿A quién puede beneficiar que Medina aparezca colgado?
-No diré que a estos dos, desde luego -contestó

Marita-. o en cualquier caso no diré que únicamente a estos dos. Pero hay que tener en cuenta que era Medina quien tenía la última palabra. La última y la primera, Sarmiento no tiene vela en el entierro de sus colaboradores. Diego Medina debía decidir en los próximos días quién se quedaba y a quién no se le renovaba la beca y tenía, por tanto, que coger la puerta. O las puertas, para ser más exactos, porque son dos: la de la calle y la del INEM.

-¿Qué hay de ese segundo de a bordo? -preguntó Benegas, haciendo suyas las palabras de Marita.

- Luis Sarmiento, sí. Curioso caso el suyo, jefe. Diez o doce años mayor que Medina, debe rondar los cincuenta, más o menos. Era un joven profesor cuando éste estudiaba la carrera, de hecho llegó a darle clase, y fue él mismo quien, viendo sus cualidades, lo introdujo y le dio su primera oportunidad laboral como becario en el departamento de Economía y Empresa. Luego, con el correr de los años, el fulgurante novato le ganó la cátedra al ya consolidado profesor, quedando éste en un incómodo y eterno segundo plano, ya que, al ser los dos más o menos de la misma quinta, si Sarmiento quiere ganar algún día la cátedra y ascender tendrá que hacerlo a unos pocos miles de kilómetros de aquí.

-Lo cual tiene que joder, no digo que no. Tanto como no poder salvar a los tuyos frente a la favorita del harén. Y sin embargo han sido varios los que me han comentado que Sarmiento es de los pocos amigos que le iban quedando a Medina. No tenían por qué engañarme -terció Benegas, que ya sabía esa historia.

-Y no lo han hecho, jefe -afirmó Vázquez-. Más que amigos tenían una relación casi familiar, con un trato diario de ir a comer uno a casa del otro y todo eso. Viven..., o vivían -se corrigió-, muy cerca, en dos chalets de la urbanización El

Brillante. Incluso Medina fue el padrino de bautizo de sus dos hijas, según nos dijeron Aguilar y Soriano. Ya habrá llegado de Portugal, ¿lo cito para última hora?

- No, déjalo, tengo pensado interrogarlo yo mañana por la mañana. Ahora tenemos demasiadas cosas que hacer; demasiados senderos que se bifurcan ante nosotros para ser solamente el primer día -filosofó Benegas, borgiano sin saberlo, estirando las piernas para desentumecerse-. Aparte lo dicho, ¿algo más de Reinales, la consorte?

- Pues eso, la consorte o la viuda, como quieras llamarla. No le apretamos mucho, tal como ordenaste. Estuvo con Medina toda la noche, en su chalet. Solía ir dos o tres veces por semana desde hace año y pico. Según nos confesó, se lo montaban hasta altas horas de la noche, que fue lo que pasó ayer, y luego ella se quedaba a dormir y a desayunar. Vida, más o menos, marital... -Pero sin obligaciones, ¡no te jode...! -lo cortó Benegas queriendo hacer un chiste fácil. No es que se hubiese vuelto un anti - desde su separación, pero le salía el susceptible insoportable cada vez que rondaba el tema. Vázquez esbozó una sonrisa de compromiso, que es lo que se suele hacer en estos casos, y miró a Marita. Si Benegas hubiera visto esa mirada, tal vez hubiese empezado a pensar cosas raras. Como no es el caso, el subinspector continuo sin sobresaltos.

-Cuando despertó, aunque no supo precisarnos la hora exacta a la que lo hizo, no le extrañó no encontrar a Diego en la casa; antes al contrario, le pareció de lo más normal, pues Medina aprovechaba esa primera hora para pasarse y revisar el papeleo de la asesoría, antes de ir a su despacho en la facultad.

-¡A eso se le llama aprovechar el tiempo! -dijo Benegas, haciendo un gesto afirmativo-. ¿Algo más que os llamara la atención?

-Sí, jefe -terció Marita-. Le preguntamos si esa noche notó algo raro en Medina, si lo vio deprimido; en fin, lo típico, si hubo algo que la hiciera pensar que éste tuviera intención de suicidarse. -¿Y qué os dijo? -preguntó, neutro, Benegas. -Que cuando lo besó, notó que tenía los labios fríos -contestó Marita, haciendo una mueca de sorpresa. - ¡Cómo...! -exclamó Benegas, perplejo-. Los labios fríos. ¡Joder, como para no tenerlos con las heladas que están cayendo! ¡Si yo me tuviera que desnudar ahora se me congelaría hasta la sangre! ¡Y otra cosa ya ni te digo! -chiste fácil del inspector, que no desperdiciaba ocasión. "Frío, como un beso de tus labios fríos", que decía la copla aquella de los cincuenta. Benegas no dejó de darle vueltas a eso durante todo el rato que Sampedro condujo rumbo a casa de Susana Vidal. ¡En qué cosas más extrañas reparan y se fijan las mujeres!, se dijo. En qué estaría pensando ahora Blanca, por ejemplo, pensó él a su vez, ¿en matrimonios sin obligaciones? , ¿en las obligaciones que mataron a su matrimonio? En un momento dado miró su reloj y vio la hora que era. Lanzó algo parecido a un bufido. Ciertamente, llevaba un día desquiciado, de locos, y a esas alturas de la tarde tenía ya un hambrazo que se caía de espaldas.

La.reina.de.la.belleza

Al principio negó hasta la creación del universo -ese limbo interestelar en el que ella no consiguió reinar por sólo tres votos de diferencia-, tirándose con Benegas un par de borderías de niña rica que al inspector hasta le hicieron gracia. Luego, cuando éste le dijo que no colaba y que tendría que acompañarlo a comisaría, no aguantó el tirón y se le mudó la color, oscilando los tonos desde el pálido pergamino hasta el blanco amarillento de la pared que ahora tenía enfrente, la del cuartucho de los detenidos. Y cuando por fin se vio allí, sola y demacrada, de nuevo delante de una maldita cámara que la estaba grabando y cuyo pilotito rojo clic-clic-clic acentuaba su nerviosismo por momentos, y rodeada por tres policías que le preguntaban más para corroborar que para saber, fue cuando comprendió verdaderamente cómo estaban los derroteros; así que, a poco que se lo hubieran pedido, hundida y acorralada, les hubiera dicho y hecho a Benegas, Sampedro y a Vázquez incluso lo que se supone estaba haciendo con Diego Medina en la cinta de vídeo que éste debía haberle entregado la mañana que apareció ahorcado en su despacho. Que era, escena arriba, escena abajo, lo que éste había estado haciendo con Lourdes Reínes la noche previa. Sólo que con luz y taquígrafos, que se viese bien la carne, porque Medina distribuía luego esas cintas, o amenazaba con hacerlo si las mujeres grabadas no accedían a sus deseos, a través de Internet, utilizando para ello

un servidor radicado en Gibraltar. Marita ya estaba en ello, rastreando páginas guarras por medio mundo. Después de lo de las lituanas, la pobre se estaba convirtiendo en una especialista del pomodoro duro.

-A ver si me he enterado bien -recapituló Benegas-. ¿Usted y Medina se lo montaban en crudo, y él lo grababa?

- Nos grababa a todas, según me dijo. Y por mi experiencia personal no tengo porqué dudarlo-. Debe tener un archivo mayor que la Filmoteca Nacional-dijo Susana Vidal-. Imagino que sabrá lo que es "La Casa de las Muñecas", ¿no? -preguntó la mujer. Benegas asintió con desgana, claro que lo sabía: una agencia de contactos de alto *standing*, polvos a 600 euros, y de ahí para arriba, Marita estuvo a punto de conseguir algo durante la investigación que desarticuló las mafias del Este el verano pasado, pero se le escurrió el caso entre las manos. " Algo gordo de alguien gordo" , rezongó la subinspectora sin poder tragarse la frustración. Quién iba a decirles que ese alguien resultaría ser el ciudadano modelo Diego Medina, y que un caso se anudase a otro, aunque Marita ya se hubiese oído algo esta mañana, después de escuchar las amenazas que Su Vidal profirió a través de su móvil. Como Benegas solía decir: el guionista de la vida tiene la baba más retorcida que el de las pelis americanas-. Lo conoce usted, ¿verdad? ¿Pues cómo cree que nos forzaba a *colaborar* con la empresa? Si no tragabas, ponía la cinta en circulación. A más de una le ha pasado. Y para mi eso, en aquellos momentos en que intentaba abrirme paso en la profesión, hubiese supuesto el fin. Incluso antes de haber empezado.

- Ya, pero "en aquellos momentos" usted tragó -conforme salía de su boca, Benegas fue consciente de que, tratándose del caso, la expresión no era la más afortunada-. Entonces, ¿por qué intentó Medina extorsionarla otra vez, ahora, al cabo de

tanto tiempo? No lo veo claro. ¿No se aseguró usted al menos de que destruyera su cinta, de que no hiciera copias?

- ¿y cómo lo hago? ¿Le obligo a firmar un papel y que me dé la copia? Porque si me pongo de rodillas, enchufa otra vez la cámara y se pone a grabar. Ese cerdo me tenía bien cogida, y apretaba cuando le parecía -escupió Susana Vidal su ira, antes de sumirse en un profundo silencio. Del cual la sacó Benegas.

-No me ha contestado a la otra pregunta, señora. ¿Esta vez Medina no iba sólo a por usted, verdad?

-¿Qué quiere decir? No lo entiendo.

-Que esta vez la cosa va más con ustedes que con usted. Con su marido quiero decir. Con su jefe, como usted lo llamó, ¿no? Si la señora se empeña en que sigamos perdiendo el tiempo, habrá que llamarlo y que el buen hombre nos cuente lo que sabe.

-¡Tomás no tiene nada que ver en esto! ¡Déjenlo en paz, por favor se lo pido! Bastante ha sufrido ya -suplicó la mujer, muy nerviosa al comprobar el giro del interrogatorio-. Esto es asunto mío. Mío, y de Diego. El no tiene ni idea de todo esto. Pensaba contárselo cuando lo hubiera solucionado, pero...

-Asunto suyo, ¡ya! -puntualizó Benegas, sumiéndose por unos instantes en un calculado silencio, haciéndole sentir a la interrogada el vacío por el que empezaba a resbalar -. Nadie ha acusado a su esposo de nada, señora. Todavía - Benegas intentó ser conciliador y apretar las tuercas al mismo tiempo. Había llegado el momento de sacar a colación lo investigado por Andrés a lo largo de la tarde, una parte de ello, al menos-. Pero sí sabemos que Diego Medina, a través de su asesoría, llevaba todos los asuntos legales y fiscales de Import & Export Calvente.

-Sí, es cierto -concedió ella-, como a la mayoría de empresas de Córdoba ya otras tantas dej\ndalucía. No veo qué

pueda tener eso de particular.
- Pues lo tiene, señora, lo tiene. Y mucho. Que a nosotros nos conste, nadie de esas empresas lo amenazó varias veces de muerte por teléfono, una de ellas incluso cuando ya no hacía falta. Si a eso le unimos que esta es la segunda vez que la extorsiona, cuando la primera ya hizo usted todo lo que él le pidió, y además a Medina no le resultaba excesivamente complicado encontrar carne nueva entre sus alumnas universitarias, pues entonces no es difícil sospechar que el motivo puede ser otro ¿me sigue? - concluyó Benegas, mirando fijamente a Susana Vidal. Aún con el rímel corrido y el maquillaje impracticable por las lágrimas aquella mujer era brutalmente atractiva.
-¡Que yo no lo he matado. Yo no he matado a nadie, se lo he dicho mil veces! ¡Tiene que creerme! -se oyó suplicar con voz de telefilm barato, queriendo despertar de aquella pesadilla-. ¡Dios mío, pero cómo es posible que me esté sucediendo esto a mí! -se dejó ir con un hilo de voz apenas audible, parecía seguir declamando alguno de esos lamentables guiones que protagonizó cuando estaba decidida a comerse el *star-system*. Al cabo, recobró mínimamente la compostura y echó mano de los recuerdos, tal vez intentando explicarse de esa forma cómo había llegado hasta allí, hasta dar con sus esbeltos huesos en un tétrico calabozo para detenidos -: Diego y yo nos conocimos porque él formaba parte del jurado que me eligió; tr~bamos amistad, salimos un par de veces y luego, en fin... Las cintas son de esa época, estoy hablando de hará unos seis o siete años. No tardé mucho en comprender que ni siquiera con sus contactos llegaría a gran cosa en el mundo del espectáculo, así que todo aquello se acabó. Primero Diego, y luego mi meteórica y fugaz carrera ironizó-. Me casé con Tomás, y me olvidé de él como de tantas otras cosas en la vida,

hasta que hace un par de semanas recibí una llamada suya -la mujer se quedó un instante en silencio, como si el tiempo se hubiera congelado en aquél maldito momento en que descolgó el auricular.

Se casó con Tomás y creyó que todo iba a acabar, se dijo Benegas chasqueando la lengua, dándole tiempo a la interrogada. Y hay veces que nuestro pasado se empeña en perseguirnos con constancia de reptil. Un extraño matrimonio ese, por lo demás, fue lo que casi todo el mundo pensó en Córdoba, algo así como "cómprate lo que quieras y vive a todo tren, a cambio de tu palmito", que fue lo más suave que algunos murmuraron para catalogar la inverosímil unión entre el algo más que maduro empresario, Tomás Calvente, y la joven y ex-prometedora modelo, Su Vidal. -En la que venía a decirle... -la devolvió de nuevo a la realidad el inspector.

-Que si Tomás seguía adelante con su intención de denunciarlo públicamente, pues ya se imaginará usted. Que Gibraltar quedaba muy cerca, fueron exactamente sus palabras.

- ¡Ajá!, entiendo. Y denunciar qué, señora Vidal -insistió Benegas, llegando a dónde por fin pretendía.

-Alguna movida en las cuentas, no me pregunte exactamente cuál; yo ahí no entro. Mi marido había descubierto irregularidades contables en los últimos tres o cuatro años. Lo comentó con algunos de sus amigos, también clientes de Medina, y a todos les había pasado algo parecido. Se puso entonces a investigar, cotejó datos y libros de contabilidad de varios años atrás, movió algunos hilos y llegó a la conclusión de que Diego estaba desviando sumas importantes de dinero de las empresas que asesoraba hacia sus cuentas particulares, utilizando la asesoría fiscal como pantalla o tapadera.

-¡Ajajá! -fue lo que dijo esta vez Benegas, maravillado

por el grado de colaboración de la detenida, y asustado al mismo tiempo por el abanico de sospechosos que, de repente, se abrían ante ellos-. Una última cosa, señora: si Medina no se la entregó, ¿dónde cree usted que pueda estar ahora esa cinta? -preguntó el inspector. Susana Vidal se quedó perpleja, mirándolo desafiante, sólo faltó que le escupiera o le clavara el tacón de aguja con el que Benegas se la imaginaba en las grabaciones. - ¿Ya usted para qué coño le pagan? ¡ Yo qué sé dónde está esa cinta, no tengo ni idea! ¡ Si lo supiera se solucionarían buena parte de mis problemas, ¿no cree, usted?! -dijo un último coletazo su orgullo. Directo al mentón, de esos que dejan la sonrisa congelada.

"Esas cosas pasan por preguntar lo que no se debe preguntar", se reprochó Benegas el descuido en la guardia. Y la chica era de las que tenían buena pegada. Buena pegada y mejor encaje. Pero en vista de sus circunstancias, no le tuvo en cuenta el desprecio. Pocas preguntas más había que hacer ya, por otra parte. Así que se levantó, apagó la cámara que había grabado toda la declaración y se dirigió a la señora Vidallo más amablemente que pudo y supo, en atención a lo que tenía que comunicarle. - Lo siento mucho, pero no me queda más remedio que detenerla. Aquí el agente le leerá sus derechos -le dijo, mientras ella, cerrando los ojos y mordiéndose el labio inferior, aceptaba lo inevitable.

Cuando salió, dejando atrás la rítmica salmodia que Maqueijan le recitaba a la detenida, derecho a llamar a un abogado, a permanecer en silencio, a maldecir al mundo y a su pasado si lo deseaba, Marita aún seguía frente al ordenador. Admiraba la capacidad de trabajo y la intuición de su subinspectora. Fue ella quien, esta mañana, nada más escuchar

las amenazas telefónicas de Susana Vidal al ya ahorcado Medina, le adelantó por dónde podían ir los tiros. Los últimos meses ella se había movido en los ambientes de la prostitución y le sonaba la jerga. 11 Para las chicas, la mami es siempre la madama, y cuando se refieren al jefe están hablando de quien las protege ", le apuntó antes de interrogar a Lourdes Reinares. y los hechos empezaban a darle la razón, pensó Benegas mientras la observaba teclear y pasar páginas pornográficas a toda velocidad. También él tenía toda la razón. Un caso complicado éste, con demasiados senderos y aristas, con demasiadas dianas apuntando a la misma persona: abusos de poder y endogamia para con los subordinados, chicos jóvenes sin contrato laboral y a su absoluta merced para conseguirlo; extorsiones para acumular más poder del que luego seguir abusando, dinero poco claro en cantidades inimaginables para un modesto inspector de policía, y por último prostitución de altos vuelos. La verdad es que cada trazo que añadía al retrato de Medina le configuraba al brillante catedrático un perfil más siniestro, más torvo y oscuro. Y eso cómo le afectaba a él, se preguntó de nuevo Benegas, su colega Maigret sobrevolando la oficina. O cómo debía afectarle. Carraspeó. El, el inspector Benegas, era un profesional. Un buen profesional, se dijo. Y con eso bastaba. Como Marita, que debía llevar varias horas ante la pantalla del ordenador buscando no sabía muy bien el qué entre tanta basura. Como si hubiese intuido su presencia detrás de ella, la subinspectora se volvió y lo miró muy fijamente, iluminando con su sonrisa la noche que ya se les había echado encima. Benegas asintió y esbozó también una mueca que a duras penas ocultó el cansancio que a esas horas arrastraba. Al inspector no le hizo falta que Marita guiñase un ojo, levantase el pulgar

como los césares benevolentes y dijera "bingo, jefe", para saber que había encontrado algo. Decididamente, la chica se estaba convirtiendo en una especialista de todo aquello que terminara en X.

Al.Este.del.Edén

Desde que llegó a Córdoba hará veintitantos años, Benegas había constatado día sí, día también, que ésta era una ciudad difícilmente superable en el terreno de las paradojas. Tal vez por eso se sintiese tan a gusto en ella. Así, el antiguo cementerio ostentaba por surreal nombre el de Nuestra Señora de la Salud, a pesar de que, por muchos milagros que obrase la pequeña imagen gótica que presidía el recinto, los que allí iban a parar quedaban claramente fuera de su jurisdicción; el reluciente y moderno macroedificio de la O.N.C.E. se encontraba en la adinerada zona de Vistalegre, insuperable sarcasmo de los redactores del plan general de ordenación urbana que quedó en nada cuando el mayor centro de desintoxicación para yanquis de la vieja escuela, tiernos pastilleros sin control y ex-alcohólicos de toda Andalucía Occidental se inauguró en una barriada periférica que los cordobeses conocían como "los olivos borrachos", debido a que en esa zona los árboles siempre habían crecido doblados y bamboleantes por el efecto de la fuerza de un viento endemoniado procedente de Sierra Morena. A esas categorías que se habían elevado prácticamente a chascarrillo de taberna había que unirle otra paradoja -que llamaba la atención de cualquiera que pasase un año natural por estos lares-, que consistía en el hecho de que Córdoba era la única ciudad del país que nunca se le caía de la boca a los

meteorólogos de los Telediarios, pues era capaz de alcanzar con soltura las máximas del infierno durante el ferragosto -como Benegas había tenido ocasión de comprobar el verano pasado, sin ir más lejos - pero al mismo tiempo también llegaba a rozar en los meses de diciembre y enero las gélidas temperaturas de las serranías de Temel, como podía constatarse en estos días previos a las navidades, inexplicable y extremo clima que estaba llenando las calles del otrora esplendoroso Califato de artríticos y reumáticos con apenas cuarenta años cumplidos. Pero la cara oculta de la sonrisa de esos chistes fáciles, como hubiera cantado la Torroja en la canción aquella que tanto le costaba olvidar, radicaba en otra baraja de paradojas mucho más sangrantes que desvertebraban el entramado social de la ciudad: Córdoba era la provincia donde mayor diferencia existía entre la renta per cápita de sus habitantes; esto es, donde más distancia había entre ricos y pobres, y no solamente entre los *más* ricos y los *más* pobres -a Benegas se le vino inmediatamente a la cabeza el Pirata-, sino simplemente entre quienes habían hecho dinero por cualquier medio y aquellos que la terminología políticamente correcta del comunismo gobernante denominaba las clases medias urbanas, pequeños comerciantes por lo general, cada día más depauperadas y vendidas al turismo y a sus puteríos de *souvenirs* y tablaos flamencos. Para rematar la faena, Córdoba, que había ocupado desde el advenimiento de la democracia los últimos lugares en desarrollo industrial y tecnológico, presentaba los más altos índices de desempleo de la región junto a Cádiz -lo cual ya era decir, y a Benegas se le vinieron entonces a la cabeza Rafael Aguilar y Armando Soriano, a punto de perder sus precarios trabajos sin seguridad social siquiera. Pero aún eso era mejor que el paro o la sumergida. Y por motivos más leves había visto

Benegas matar un hombre a otro- pero, al mismo tiempo, tenía uno de los mayores índices de consumo del país, tanto de bienes muebles como, sobre todo tras la llegada del euro, de inmuebles, puerto seguro para blanquear el dinero negro de la joyería sin que los de Hacienda pusieran las orejitas tiesas. "Paradojas de la economía sumergida" , se dijo Benegas mientras conducía de nuevo rumbo a la exclusiva urbanización de El Brillante, construida precisamente por joyeros y orfebres a principios del siglo XX, en las faldas de la cercana sierra, para ubicar en ella sus lujosas mansiones. Luego, con el correr de los años, se fueron trasladando hasta ella profesionales liberales con éxito, como Luis Sarmiento o Medina, empresarios del más diverso pelaje, como el esposo de la *missy*, finalmente, los más osados de esos correctísimos políticos del comunismo gobernante en la ciudad. Los más osados o los más olvidadizos. En cualquier caso, los que tenían el caparazón más grueso y contrachapado para aguantar las muchas críticas que entre las bases proletarias levantaron esas súbitas mudanzas. Benegas giró a la izquierda buscando la casa de Sarmiento, en una calle no muy distinta a las demás, con parterres y jardines pulcramente perfilados, casitas de cuento y chachas sudamericanas paseando niños rubios y perritos de pitiminí. Un sitio de esos, en definitiva, donde hasta los contenedores de la basura huelen a ambientador natural. Lo llamó bien temprano, apenas se hubo levantado -esta vez sin dolores en las tripas ni rencores contra los ingleses-, para hacerle un par de preguntas. Le dijo que no hacía falta que se desplazara hasta Comisaría, que ya iría él por su casa. Así mataba dos pájaros de un tiro, y no se refería a la posibilidad de interrogarlo a él y a su mujer, sino a la intención que albergaba de acercarse después hasta la de Medina, relativamente cercana, donde había quedado con Andrés, aprovechando que los de la

Brigada Científica aún deberían andar por allí recabando datos y pruebas que corroborasen la declaración de Reinares; esto es, indicios y certezas del estruendoso polvo que dejó a dos seres humanos al borde del abismo. Aparcó frente a la verja, echó el freno de mano, y se quedó un buen rato pensativo, mirando la casa que tenía delante, ese tipo de casa que sólo se consigue de dos maneras: cobrando una herencia o cobrando muchas comisiones. Había otras mil formas, bien es cierto, pero para traerlas a colación -cosa que normalmente sucedería delante de un juez-, uno debe tener pruebas sólidas en las que apoyarse. El caso es que viendo el poderío de la construcción comprendió al instante que era verdad el otro dato que ayer averiguó Andrés, mientras investigaba todos los aspectos relacionados con la presunta asesoría fiscal de Medina: que el rencor que Sarmiento pudiera haberle profesado por haber cortado de cuajo su carrera profesional, o ahora la de sus discípulos del alma, se diluyó como por ensalmo el día que lo hizo partícipe de los beneficios. De todos los beneficios, recalcó el subinspector Vázquez, a juzgar por el montante de algunos de los ingresos ultimamente realizados por Sarmiento. Y aún más cuando Medina, para burlar las leyes que le impedían registrarla a su propio nombre, lo hizo al de su esposa, Trinidad Belmonte, a la sazón directora, gerente, relaciones públicas y auxiliar administrativa de la empresa, si hiciese falta. Cuando abrió la verja y penetró en el interior del chalet, un cuidado jardín con especies tropicales en el que hasta los enanos de porcelana vestían ropa de marca le dio la bienvenida. Lo cruzó, llegó hasta una puerta de nogal ricamente labrada y pulsó un timbre que le sonó frío, distante y renacentista. Mientras esperaba, observó que la piscina estaba en la parte más alta de la finca, cubierta ahora por toldos corredizos, y que

el sitio destinado a cochera, apenas un estrecho pasillo asfaltado en un ángulo del jardín, quedaba en el lateral más protegido del chalet. Vio dos coches, un gigantesco último modelo alemán turboinyección, un BMW o un Audi, quince o veinte veces más caro que el que a él le gustaría tener, y un utilitario más bien normalito aparcado justo detrás, un Nissan Micra le pareció, como si fuese su pequeño remolque, el inevitable segundo coche familiar de la gente que vive en las afueras. Al verlo en el umbral de su puerta con la placa en la mano, Trinidad Belmonte esbozó una sonrisa que quedó en menos que nada, le franqueó el paso amablemente y lo acompañó hasta una pequeña sala de estar. Mientras la seguía por el mal iluminado pasillo, Benegas entrevió, allá al fondo, que Luis Sarmiento lo esperaba sentado en un sofá, absorto y en silencio, la cabeza reclinada hacia atrás y la mirada perdida, como si hubiese descubierto el enigma del universo concentrado en algún ignoto punto de la pared que tenía enfrente. Cuando su esposa lo hizo pasar, se levantó y le tendió la mano. No apretó ni mucho ni poco al estrechocarla. Alto y más delgado que Medina, en persona ganaba y parecía más joven respecto a la imagen que de él tenía Benegas por la fotografía. Vestía una camisa informal, oscura, americana a cuadros y pantalón vaquero desgastado, tal vez para dar una imagen más acorde en el mundo brutalmente adolescentizado en el que se movía y trabajaba. Aún así, esta mañana su aspecto era el de una batalla perdida. Con independencia de la tensión derivada de este tipo de situaciones - Benegas siempre se hacía cargo de ello- el inspector percibió en el matrimonio la desconfianza y el miedo de quienes tienen algo que esconder y saben ineludiblemente que, aunque la investigación de la muerte de Medina postergaba por el momento el interés de la policía en cualquier otro aspecto relacionado con la vida e intereses del fallecido, tarde

o temprano todo este asunto iba a traerles a ambos más de un quebradero de cabeza. Tal vez por ello Benegas quiso dejar las cosas claras desde un principio y, después de ofrecerles respetuosamente sus condolencias -al fin y al cabo no sólo eran sus socios, sino prácticamente su única familia, se dijo -metió la directa -Quiero que sepan ustedes una cosa: yo soy inspector de Homicidios, no de Hacienda. A mí no me importa ni me toca investigar si Medina desviaba, estafaba o se quedaba con el dinero de los demás. A mí lo que me importa es si lo han matado por ello, ¿entienden ustedes lo que les quiero decir?- Sarmiento y su esposa se miraron descolocados, nunca hubiesen esperado tanta sinceridad unida a un comienzo tan brusco, pero parecieron relajarse un tanto por la parte que les tocaba. Luego inició ese rutinario interrogatorio con el que no se pretende otra cosa que comprobar horas, corroborar hechos conocidos por otras vías y deshilar posibles flecos que afectasen a las personas que tenía delante. Y Sarmiento le fue contestando, más o menos, lo que él ya esperaba escuchar: que llevaba dos días en Portugal en un congreso sobre armonización de normas empresariales en el marco comunitario, reunión que se celebraba todos los años en el mes de diciembre para confrontar las leyes dictadas durante ese ejercicio natural por los distintos estados nacionales, y en el que España participa desde que ingresó en la Unión Europea, y que regresó en cuanto supo la noticia -fue un tal subinspector Vázquez, a través de su esposa, quien se la comunicó -, no sin antes arreglar un par de cuestiones de su ponencia en el encuentro internacional, llegando a Córdoba sobre las tres y media o cuatro de la tarde. Podría decirse que desde entonces había estado sentado en ese sofá, preguntándose por qué.

Trinidad Belmonte, por su parte, afirmó que esa noche

permaneció en casa con sus hijas, Belén y Lucía, haciendo los preparativos del viaje a casa de los abuelos, donde tenían pensado pasar las fiestas hasta Reyes, "aunque después de esto...", se entrecortó emitiendo un suspiro; que la mañana en que apareció el cadáver acababa de regresar de la parada del autobús, de despedirlas camino del colegio, cuando recibió una llamada de la policía contándole lo sucedido. Después de contactar con su marido, y tras reunir las suficientes fuerzas, fue ella misma a recogerlas, no quería que lo supieran de otro modo, pues supuso que a partir de ese momento se iban a decir en la ciudad muchas mentiras acerca de Diego, arguyó. Desde ese entonces no había salido de su casa. Cuando Benegas sacó a relucir su posición en la asesoría, de hecho era la titular única, Trinidad Belmonte miró a su marido, y dudó un par de segundos. Fue Sarmiento quien contestó entonces por ella que las cuestiones más complicadas de la asesoría eran asuntos exclusivos de su difunto socio y amigo, las buenas y las no tanto, pues la presencia de su esposa en la empresa era meramente nominal. Es decir, pensó Benegas, cumplir a rajatabla con los tres verbos de más fácil conjugación en cualquier parte del mundo, sobre todo el capitalista: ver, oír y callar. Y luego poner la mano, claro. "Ya", fue lo que dijo el inspector, lacónico y comprensivo como él era. Y una vez solventados los trámites iniciales de todo interrogatorio, preguntó:

- ¿Y quién creen ustedes que podía odiar tanto a Diego Medina como para desear su muerte? ¿Algún enemigo en la Universidad, tal vez?, ¿alguien relacionado con la asesoría; alguien que descubriese ciertas irregularidades en la gestión de su dinero, por ejemplo? -se dirigió alternativamente a Sarmiento ya su esposa, sería difícil encontrar dos personas que conociesen mejor las distintas vertientes en las que se movía el fallecido.

-Yo no creo que tuviese tantos enemigos, señor inspector - contestó él-. Y en todo caso quién no los tiene hoy día. Si no los buscas tú, parece que te buscan ellos a ti, y más cuando estás arriba.

-Ya, pero unos quieren matarte y otros solamente te dan los buenos días en el portal-replicó Benegas un poco molesto. Creía haber dejado claro lo que sabía, lo que no le importaba y lo que venía buscando, así que siguió a lo suyo, no estaba el día para impertinencias, y preguntó sin miramientos -: Dígame, don Luis, ¿qué tal relación tenían Rafael Aguilar y Armando Soriano, sus dos becarios, con Medina? Con él, y con Lourdes Reinares.

-¿No estará acusándolos de algo, señor inspector? -se revolvió Sarmiento con un deje de desprecio-. Pongo la mano en el fuego por ellos. ¡Por los dos! Es cierto que viven una situación incómoda después de tantos años de trabajo, y que han tenido algo más que roces con la señorita Reinares por ello, lo reconozco, yo mismo los he tenido también, pero de ahí a lo que usted está insinuando media un abismo, créame.

-No puedo acusar a nadie de nada, señor Sarmiento, cuando ni siquiera sé todavía si hay delito o no lo hay -se defendió el investigador de la embestida. En ese momento, en el salón principal, sonó el teléfono, como una campana que interrumpiese el *round* en su punto más álgido. Benegas hizo una pausa, por si alguno de los dos salía a contestar. Como vio que no tenían intención y que el teléfono dejó de sonar a la tercera llamada, decidió reanudar el interrogatorio. Iba a formular la siguiente pregunta cuando la puerta se entreabrió.

-Mamá... -la joven que parecía no atreverse a entrar debía ser Belén, la hija mayor del matrimonio, conjeturó Benegas, aunque nunca fue muy bueno para calcular la edad de los demás. Ella había atendido la llamada. De hecho, todavía

tenía el auricular en la mano. Desde donde estaba situado, el inspector apenas pudo ver fugazmente el labrado perfil meridional, unos grandes ojos oscuros que supuso dulces y almendrados, la tez morena y cuidada, con el maquillaje justo para realzarla. Así al pronto le recordó un tanto a la juez Salinas, pero el poso sereno del rostro de su señoría era sustituido aquí por esa inclasificable efervescencia que da la felicidad recién estrenada. "En fin...", se dijo el inspector. Ultimamente se acordaba demasiado de la jueza, se dijo también. Y aunque eso sólo significaba una cosa, él no creía estarlo. Lo creía, no estaba seguro.

Era todo tan contradictorio.
-Ahora no, cariño, luego me lo cuentas -le respondió Trinidad, sacando a Benegas de sus cábalas.
- Es la abuela. Que ya han llegado -dijo la joven, sin hacerle ningún caso, como escondida tras la puerta semientornada.
-Gracias, cari. Ahora después los llamamos nosotros, ¿vale? - zanjó la interrupción Trinidad-. Perdone, inspector. Se trata de Lucía, mi otra hija, la pequeña. Sus abuelos se la han llevado al pueblo para quitarla de enmedio estos días. Hasta que no suena el teléfono estamos un poco preocupados, ya sabe usted. Mi padre es mayor y la carretera...
-No se preocupe, me hago cargo -la excusó Benegas-. Iba a preguntarle, doña Trinidad, si últimamente ha notado usted algo extraño en las operaciones fiscales de la asesoría; no sé, ¿algún movimiento anómalo de dinero en los últimos meses, cualquier detalle que la hiciera sospechar de alguna cuenta en concreto? , intente acordarse, por favor se interesó por el otro reverso de la moneda Benegas, una moneda que sólo tenía caras, la de demasiados sospechosos.
- Ya le ha dicho mi marido que yo sólo pongo mi nombre y mi firma, señor inspector. Y no en todas las ocasiones -se le

quebró un tanto la voz a Trinidad Belmonte: demasiado nerviosa, anotó Benegas, para ser solamente la señora de las rúbricas. El inspector se quedó mirando entonces a Sarmiento sin decir nada, conminándolo a responder con los ojos muy abiertos.

- Lo poco que he hecho en la asesoría es absolutamente legal, señor inspector. Es verdad que Diego se ha movido algunas veces al borde del precipicio, Trinidad y yo lo sabíamos, ¿no íbamos a saberlo?, pero él nunca nos dijo nada, era muy reservado para según qué cosas de su vida privada; ni creemos que se sintiese amenazado por algún asunto relacionado con la empresa -respondió, buscando con la mirada la complicidad de su mujer, que bajó la suya.

- ¡Ajá, muy reservado! -repitió el inspector, no era eso lo que le habían contado en la barra del bar de la Facultad. Y como ya hacía un buen rato que había metido la directa sin haber sacado gracias a ello ninguna conclusión deslumbrante, ahora no quedaba otra que acelerar. Pisar el pedal a fondo y ver qué salía. Así que dijo -: ¿Ese precipicio podría llamarse Susana Vidal?, ¿les suena de algo ese nombre?

-¿La *miss*? - preguntó la evidencia Sarmiento-. ¡Claro que me suena! A mí y a media España. Estuvo un tiempo con Diego, hará unos cinco o seis años, ¿te acuerdas, Trini?

-Me acuerdo perfectamente. Vino un par de veces a casa a cenar con él -confirmó ella.

- Bien. Y un club al que llaman "La Casa de las Muñecas", ¿les dice algo, lo relacionan con ella, o con alguna otra persona cercana a Medina?

Por supuesto que lo conocían; ¿no iban a conocerlo?, pensó Benegas mientras formulaba la pregunta; bastaba con fijarse en la cara que se le había quedado a la pareja al escuchar el nombre del lujoso burdel. Pero con esa y con la anterior

cuestión, Benegas no pretendía otra cosa que buscar un punto de conexión en el que insertar las difusas líneas que le había proporcionado la archiconocida ex- *miss* durante su interrogatorio; líneas que, por otra parte, eran hasta el momento las únicas sobre las que circulaban sus nada fructíferas indagaciones. Benegas notó de nuevo el miedo y la desconfianza en el ambiente. Por un momento, Trinidad Belmonte se sintió en el pellejo de su amigo Diego, un áspero nudo atenazando su garganta. Sarmiento, a su vez, se removió inquieto en el sofá; ¿pero no habíamos quedado en que este tipo no era inspector de Hacienda?, venía a decir el tenso silencio que se adueñó del matrimonio.

-¿Con Su Vidal? Pues..., no sabría decirle. Hombre, en la facultad se escuchan cosas, no lo voy anegar. Supongo que para algunas chicas es una forma fácil de ganar dinero -adujo Sarmiento, como si estuviera pidiendo perdón por lo que acaba de decir, y admitiendo con ello que conocía la existencia de tan lucrativo negocio.

- Dinero para ellas y para el jefe de ellas, claro. Dinero fácil que luego hay que desviar o esconder, tal vez falseando las cuentas reales de empresas verdaderas; ¿me equivoco? Corrijanme ustedes, que son los expertos -subió un grado Benegas, tal vez arriesgando demasiado.

- No, no se equivoca -concedió Sarmiento, cada vez más inseguro, no en vano era él mismo quien las más de las veces se encargaba del desvío o escondite de las sumas procedentes de esa actividad, cada vez que viajaba al extranjero con motivo de algún congreso o reunión, por ejemplo. Y como no hay mejor defensa que enseñar las armas, le espetó:- Pero en cualquier caso, señor inspector, no creo que mantener relaciones sexuales sea delito a estas alturas.

- Por supuesto que no -dijo Benegas, la sonrisa

forzada-. Siempre que sean consentidas, claro -apostilló-. ¿ Usted sabía cómo reclutaba Medina a la mayoría de sus trabajadoras, buena parte de ellas alumnas suyas y de usted, verdad? -era más una afirmación que una pregunta.

- Ya le digo que hay cosas que es difícil no escuchar en un ambiente tan cerrado, señor inspector. Pero no todo lo que se dice o se cuenta tiene por qué ser verdad. Y sobre Diego se han dicho siempre demasiadas cosas sin fundamento, créame. Benegas permaneció en silencio, situando mentalmente cada dato en su casillero correspondiente. Ya tenía comprobados el par de detalles que venía buscando; esto es, 1) que tanto Sarmiento como su esposa conocían todas las peligrosas esferas sobre las que gravitaba la triple vida de Diego Medina -uno más que la otra, bien es cierto-, y 2) que el grado de implicación de ambos en las mismas era mucho mayor de lo que él eh un principio sospechaba. Eso y concluir que el matrimonio participaba, en efecto, de *todos* los beneficios empresariales, tal y como Andrés sospechó ayer por la tarde nada más ver los movimientos de sus cuentas corrientes, era lo mismo. Y como ya habría tiempo para determinar la responsabilidad de cada cual por los delitos fiscales que se empezaban a barruntar en el horizonte, al inspector sólo le quedaba añadir:

- Bueno, pues no los molesto más, señores. Ha sido un placer, y no lo digo por cumplir -comenzó la despedida, estrechando la mano de Sarmiento e inclinando ligeramente su cabeza en un saludo dirigido a Trinidad.

-No es molestia, señor inspector, en todo lo que podamos ayudar... Le acompañamos. Ya sabe por dónde es, por favor... -le mostró el camino con la palma de la mano. A través del jardín lo acompañaron prácticamente hasta su coche. Ya en la cancela, Trinidad Belmonte se dirigió a Benegas, el nudo en la garganta aún sin descorrer.

-Comprenderá que lo estemos pasando fatal, inspector -dijo a punto de sollozar de nuevo. Benegas asintió, sin poder hacer otra cosa-. Para nosotros, todo esto es algo tan irreal, tan... -no encontró un adje~vo lo suficientemente horrible Trinidad.

- Lo entiendo, señora, no se preocupe. Sólo puedo decirle que estamos en ello, que si alguien lo hizo lo encontraremos. Por cierto, ustedes que lo conocían bien, díganme, ¿creen que Diego podía tener algún motivo para suicidarse?

-No- contestó ella, perpleja-. ¡Vamos, creo que no!- matizó. Sarmiento también negaba con la cabeza, extrañado.

- Una última cosa sí me gustaría pedirles, -les solicitó Benegas -: estén localizables por si necesitamos nuevamente de su colaboración. Y si tienen pensado salir de Córdoba, comuníquennoslo antes, por favor.

- No se preocupe, inspector, no tengo ganas ni fuerzas para moverme -contestó Sarmiento.

- Ya mí me localiza usted muy fácil. Lo más que hago es bajar a Córdoba de vez en cuando, a recoger a las niñas del colegio. Y ahora ni eso. Lucía está ya en el pueblo con los abuelos y, para los dos o tres días que quedan de clase, Belén ya no irá hasta después de las vacaciones -dijo la madre-. Para ellas también ha sido un golpe muy duro.

-Es normal, estas cosas así... -se condolió Benegas, ya a través de la verja que lo expulsaba definitivamente del pulcro jardín, mandándolo a este, el lado más salvaje, canalla y retorcido del edén.

Abrió la puerta del coche, se sentó dejándose caer y se abrochó el cinturón de seguridad sin dejar de mirar cómo se alejaban Sarmiento y su esposa. No sabría explicarse por qué, pero aparte de varias incertidumbres que habría que contrastar,

la visita le había dejado dos certezas: estos dos ocultaban algo, y hacía mucho tiempo que habían dejado de quererse.

Las.fauces.del.diablo

La poca distancia que había entre la casa de los Sarmiento y la de Medina le sirvió al inspector para poner en orden la película de los hechos hasta el presente. Y la cosa le quedó, más o menos, como sigue: todo está en el aire hasta que a Pozo le dé por meter el escalpelo, fue el resumen del investigador. Peor aún: Todo estaba en el aire, a pesar de que ya hubiera una persona detenida. A saber, prosiguió el inspector su lamentable repaso: uno de los tipos más influyentes, y ahora sabemos que más turbios, de la ciudad aparece colgado. Como todavía no podemos determinar la hora exacta de la muerte, y en este punto Benegas maldijo la declaración de Reinares que echó por tierra sus primeras hipótesis, el baile de sospechosos empezaba a ser lo más parecido a un cotillón de fin de año, pues a estas alturas podían ser cientos de personas, contando becarios bajo amenaza laboral, empresarios estafados y mujeres grabadas en dudosa posición y obligadas luego a ejercer el más viejo de los oficios. Además, llegados a este punto, habría que incluir también a las familias de las excelsas meretrices: esposos, queridos y similares, los cuales podrían ser al mismo tiempo alguno de aquellos empresarios, "cornudos encima de apaleados", masculló Benegas, con lo que se configuraría un selecto grupo de personas con una doble razón para pasaportar a Medina. Por lo que se refería a las coartadas, Rafael Aguilar y Armando

Soriano tenían las espaldas cubiertas, bien es verdad que por sus familiares, he ahí un punto débil, se dijo el inspector pisando el freno ante una curva traicionera. Su compinche Sarmiento era el único que parecía tener más razones para quererlo vivo que muerto, y además estaba en Portugal el día de autos. Aún así Maqueijan tendría que comprobarlo, nunca debemos subestimar un rencor enquistado, que a veces el despecho mueve el mundo con más fuerza de la que lo hace el amor, el más potente carburante según dicen los cursis. Y como a Benegas le resultaba muy difícil creer que Lourdes Reinares hubiera podido montar ella sola el numerito de las cuerdas en la Facultad -una mujer sin ayuda necesitaría una fuerza descomunal para colgar un cadáver de esa manera - cuando, por otra parte, había estado toda la noche con él y podía haberlo liquidado entonces sin dificultad, pues habría que concluir que, por el momento, la primera persona con razones de peso para acabar con la vida de Medina que no tenía una sólida coartada era Susana Vidal. "Pero, aún así y todo, por qué será que no tengo yo muy claro que haya sido ella", suspiró Benegas, aparcando ahora frente a la casa del difunto y recordando el tonillo sarcástico con el que Su, la bella Su, la *miss* que todo lo abandonó con tal de esquivar sus recuerdos, lo retaba a cumplir con su trabajo y encontrar las cintas. Para lo cual no hubo de transcurrir demasiado tiempo, y no se debió tanto a un golpe de suerte, siempre necesaria, como al particular sentido de la observación que desde niño había caracterizado a Benegas. Ya le pareció estar sufriendo un extraño *déjit VU*, esa incómoda sensación de "¡que me aspen si yo no he estado aquí antes! ", nada más entrar en el salón principal. Pero era evidente, se dijo, que él no había estado nunca antes en casa de Medina.

Ni en ésta, y muy pocas veces en una como ésta. Y no era necesario traer a colación el episodio de sus teléfonos móviles; aunque fueran de la misma marca, eso sí. Dispersos por las habitaciones del chalet, varios agentes de la Brigada Científica se afanaban en reconstruir el mundo partiendo de detalles y matices. Benegas los sorteó como pudo, preguntando por Vázquez. Él comprendía la importancia de esa labor minuciosa, pero no se imaginaba a sí mismo trajinando con fluidos y humores para desenmarañar un caso. Él era de la vieja escuela, de los de olfato afinado e intuición presta. Esas cosas nunca fallan, se dijo. Pero con las máquinas y los tubitos de ensayo nunca se sabía, por muy modernos y sofisticados que fuesen. Alabando el progreso científico estaba cuando vio acercarse a Vázquez, acompañado por el inspector Lucas Lucena, el jefe de los escarabajos, el mago de las probetas. -Aquí debe haber huellas y restos de mil personas por lo menos, Benegas -fue el saludo de su colega-. Casi más que en el lugar de los hechos. Benegas se quedó mirándolo como si fuera la primera vez que lo hubiera visto en su vida, muy fijo y sin pestañear, con los labios contraídos, como si fuera a golpearlo. Lucena no supo qué pensar, este Benegas cada día estaba más raro, se dijo. ¡ El lugar de autos! ¡ El despacho de la facultad! ¡ Cómo no había caído antes! Fueron esas palabras de Lucena las que le hicieron comprender de golpe que no estaba padeciendo un incómodo *déjit vu* ni gilipollices por el estilo, que él no había vivido antes esta situación o una muy parecida, desde luego. Todavía confuso, sin hacer caso al saludo ni a la sonrisa amistosa de Lucena, se dirigió a Vázquez, con un punto de excitación en la voz: - ¿Pero no te has dado cuenta, Andrés? -¿De qué? -preguntó éste a su vez, con esa inseguridad

delatora con que nos culpamos de antemano, sabedores de que debíamos haber hecho algo que no hicimos.

- ¡Mira eso, Andrés! -exclamó Benegas, mirando absorto al vacío, nuevamente representado tan abstracto concepto por el lomo de los libros que tapizaban el testero principal del salón de Medina. ¡Pero si es igual que su despacho, es como si estuviésemos otra vez allí! -constató Benegas.

Vázquez asintió perplejo. En efecto, dispuestos por varias repisas y anaqueles, la conformación de los manuales y libros era exactamente igual a la que ayer vieron en el despacho de Medina, durante el levantamiento de su cadáver. O el tío era un maniático del orden o el inspector había tocado la primera tecla.

- Igual, pero sin fotografías, jefe -acertó a señalar el subinspector.

-Cierto, Andrés, cierto; pero vamos a ver qué es lo que hay aquí -dijo Benegas acercándose a la pared. Golpeó entonces el lomo de los libros, y en lugar del tumb, tumb, tumb, que denotaría el grosor de sus páginas, el encolado perfecto de las guías y la lujosa encuadernación que parecían lucir, se escuchó un claro y nítido toc, toc, toc, que denotaba, y para llegar a esa conclusión no hacía falta ser un sabueso ni manejar los cachivaches de la Científica, que aquello estaba hueco. Bueno, hueco no, porque en cada libro debería haber una cinta de vídeo como la que Benegas extrajo del ejemplar aquél, ante la estupefacción de Lucena y la anuencia de Vázquez.

-Bueno, Andrés, esta tarde tenemos sesión de cine. Yo llamo al público y tú compras las palomitas, ¿vale? Aunque mucho me temo que nos vamos a aburrir con el guión. Y ahora me marcho. Creo que sé dónde conseguir más material.

-¿...? -que adónde iba tan deprisa, decía el gesto interrogativo de Vázquez: encogidos los hombros, los ojos tan

abiertos como hace un momento los tenía su jefe. -Al despacho de Medina. Tú mismo lo has dicho, Andrés. A mi también me extrañaba que un tipo así tuviese tantas fotografías de recuerdo. Las separaron en dos montones. En uno pusieron las que Vázquez se había traído de casa de Medina, y en el otro las que Benegas -era difícil que le fallase el sabueso que llevaba dentro-, encontró en el despacho de la Facultad, siguiendo el rastro de las fotografías cuidadosamente ordenadas en los anaqueles y repisas; no en vano, luego descubrieron que cada una de esas fotos identificaba a la actriz principal del vídeo que se guardaba en el libro falso que había detrás de ella. Si cada una de las cintas tenía la duración media acostumbrada en el género se les iban a poner los ojos como platos, aunque se turnasen para descansar. Por ello, decidieron dividirse el trabajo. Así, Vázquez y Pepe Sampedro escrutarían el primer lote, y Benegas y Maqueijan disfrutarían enterito el del despacho. Marita iría de un lado para otro, pues debía necesariamente verlos todos. Al menos unos instantes de cada grabación, pues era ella quien debía constatar que esas cintas y las que circulaban por Internet eran las mismas. Las grabaciones, en efecto, eran para aburrirse. Y guión no había, como suele suceder en este tipo de producciones de bajo presupuesto y rutinaria acción. En el primer lote, las halladas en el domicilio, estaban las más antiguas, incluso podía verse en la carátula de algunas la fecha escrita con rotulador. Ninguna de ellas le sonaba a Marita de haberla visto antes. Es decir, dedujeron, se trataba de cintas que no habían sido distribuidas por Internet, o lo habían sido hacía bastante tiempo, al haber accedido finalmente sus protagonistas a los

deseos *profesionales* de Medina. La cuarta o quinta que visionaron, por ejemplo, pertenecía a Su Vidal, la mirada más joven, tan insultantemente atractiva como en el cuarto de los detenidos, de donde su marido ya empezaba a mover hilos para que la sacaran. Cuando lo llamaron para que la viera, Benegas comprendió sin dificultad cómo podía llegar a costar 600 euros rozar una piel. Y por qué había hombres que lo pagaban sin rechistar. También, entre las más cercanas en el tiempo, había varias de Lourdes Reinares, asumiendo, en efecto, unas funciones que nunca hubiese reconocido ante un tribunal académico. O tal vez sí, las cosas han cambiado mucho en la Universidad. Medina aparecía siempre con la cara desdibujada digitalmente, como los menores y los miembros de las fuerzas de seguridad en los Telediarios. En la sala contigua, sin embargo, habían tenido más suerte. Marita reconoció al instante algunas de las grabaciones. La imagen de Medina aparecía también difuminada, pero lo que más llamaba la atención en este segundo lote era que la mayoría de las chicas apareciesen enmascaradas, algunas con amplios antifaces, otras con hieráticos tocados venecianos. Marita sonrió. No le dedicó de nuevo, cómplice, un guiño coqueto a Benegas, ni levantó el pulgar en señal de imperio intelectual, pero sí que volvió a escucharse en sus labios un sonoro y nítido, "bingo, jefe, esta sí que sí".

- Te lo dije: Gibraltar y máscaras son muchas evidencias juntas como para no ponerse en guardia.

-¿Lo enviaste al Grupo de Menores? -preguntó Benegas.

-Ayer mismo, antes de irme a casa. Las iban a confrontar con sus archivos y dijeron que me llamarían. Ya no hace falta que lo hagan. Las cintas están grabadas en el chalet de Medina o en algún despacho de la facultad, eso es evidente, al igual que las que están viendo Andrés y Sampedro; qué más pruebas

queremos. Estoy segura de que Medina grababa en ocasiones a menores, de hecho la mayoría de sus alumnas en el primer curso de la Facultad todavía lo son, y luego vendía el material a buen precio, sirviéndolo desde Gibraltar, donde no es delito distribuir ese tipo de pornografía.

- Jóvenes, vírgenes y vestales se cotizan más alto en el mercado, ¿no es así? Si es que no cambiamos desde los romanos -afirmó Benegas, y, visto lo visto, a Marita no le quedó más remedio que estar de acuerdo.

-Serlo lo serán, no lo dudo. ¿Pero vosotros diríais que eso es una menor? -terció Maqueijan, congelando una imagen en la que eso se trajinaba a Medina, luciendo botas altas de estricta gobernanta, máscara antifaz, mucho cuero, senos y sexo depilado al aire y uñas afiladísimas, esa típica parafernalia.

-Yo diría que eso es el demonio, Maqueijan, el puro demonio -concedió Marita mirando la imagen inmóvil, el diablo mostrando sus fauces abiertas-. Pero no por ello, ni porque ese cabrón esté muerto, vamos a dejar de hacer lo que tenemos que hacer para acabar con esta mierda, ¿no crees?

Benegas no dijo nada. Simplemente asintió. Ahora se explicaba el miedo y la desconfianza de Sarmiento y de su esposa, su desconcierto absoluto cuando salió a relucir "La Casa de las Muñecas". Que su papel no era el de meros colaboradores ya le había quedado claro tras el interrogatorio. Ambos eran responsables directos, necesarios, en todo este cotarro, no en vano blanqueaban buena parte de los beneficios del club. Pero ya no se trataba solamente de prostitución, como hasta ahora había sospechado -¿cómo le dijo el muy imbécil, casi temblándole la voz, que echar un polvo no era delito?, se indignó Benegas-, sino de un asunto mucho más sórdido, más enrevesado, con menores de por medio.

Maqueijan pulsó descuidadamente el *on* del mando a

distancia y se sucedieron varios planos a cámara lenta. Luego *off*, y *on* de nuevo, parecía un productor loco o un adolescente viendo su primera película. Con una mezcla de atracción y asco, Benegas se quedó mirando fijamente la imagen de nuevo congelada. La chica se había tragado el pene de Medina de un sólo bocado, ninguneándole la virilidad. Le pareció que aquellos labios abiertos y receptivos podían ser, en efecto, las mismísimas fauces del diablo. Y aquellos ojos de hielo tras el antifaz, tal vez, los de la hija que él nunca tuvo. De haberla tenido cuando Blanca tanto insistió en ello, ahora podría tener la misma edad que la experta diablesa. Benegas se juró que, en cuanto terminaran con el caso Medina, haría todo lo posible para que los Sarmiento pagasen por lo que estaba viendo, que pagasen un alto precio. Se lo juró con todas sus fuerzas.

- Un momento, Maq -dijo Benegas, volviendo a su huérfana realidad paterna-. ¿Puedes pasar la cinta hacia adelante y hacia atrás un momento?- Maqueijan se encogió de hombros y cumplió la orden. Marita lo miró como se mira a un depravado.

- ¿Qué pasa, jefe? -preguntó la subinspectora. Algo debía haber visto el inspector, no le cabía duda, pero no pudo evitar que el tono pareciera el peor de los reproches.

-No, no, nada -contestó Benegas, notando cómo una lucecita, aún muy débil y tenue, bien era cierto, comenzaba a parpadear en el más profundo recoveco de su cerebro.

Mudo.como.una.tumba

Aunque aún les quedasen algunas cintas por visionar, el trabajo estaba prácticamente concluido cuando se produjo esa llamada que Benegas llevaba dos días esperando. Descolgó el auricular y escuchó. Inconfundible. Y pensando siempre en lo mismo. -Salinas me ha contado el rifirrafe que tuvisteis en el levantamiento, y te llamo para decirte que eres un lince, tío -era, en efecto, Pozo, su amigo forense. Al fin había metido el escalpelo -. Si tienen que clonar a uno para evitar su desaparición, ponte en fila y que prueben contigo. Por cierto, Beni, por la forma en que su señoría me lo contó, me da a mí que a esa le gustaría tener más de un rifirrafe contigo, je, je -se escuchó su sonrisa hueca a través del auricular. A Benegas le repateaba que lo llamaran Beni, pero a ver qué iba a hacer, uno debe saber cuándo lo tienen agarrado por salva sea la parte. Y más si el que aprieta es un forense. -Al grano, tío, al grano. A ver ¿por qué soy un lince? -dijo Benegas, acostumbrado a la deformación profesional que llevaba a Pozo a analizar todo con minuciosidad, cualquier comentario, el más absurdo gesto, sobre todo si se trataba de una mujer. - Pero si ya estás libre, ¿no? Así no se las ponían ni a Fernando VII, tío. ¿O era a Carlos III?, ¿o al que hay ahora? -siguió con su juego el forense.

-Ya, pero no me habrás llamado para interesarte por mi situación personal o por la Historia de la Monarquía, ¿no?
-Nooo, que va, que va. ¡Je, je! -volvió a escuchar Benegas esa sonrisa de malvado de película infantil-. Eres un duro, tío; un duro. Verás, es que acabo de terminar la autopsia y creo que tengo un par de cosillas que te pueden interesar. Si te das prisa te las cuento antes de redactar el informe y que se entere tu enamorada, ¿qué te parece? -concluyó.
-¿¡Qué me va a parecer?! En un cuarto de hora estamos allí. Gracias, Pozo. Sumo otra a las muchas que te debo -dijo Benegas, consciente de que si siempre es bueno tener amigos hasta en el infierno, para un poli es mejor tenerlos en las salas de autopsias, aunque en ellas reine un sátiro con bata blanca en lugar de nada dantescas demonias en cueros vivos.
-¿Cómo que gracias? De gracias, nada. A cambio exijo todos los detalles del *affaire* Salinas. Y cuando digo todos, digo todos, que conste en acta. De lo contrario permaneceré mudo como una tumba. Y yo sé lo que me digo con estas cosas -bromeó el forense, con ese peculiar sentido del humor que se les va quedando a los que pasan más tiempo entre muertos que entre vivos.

Benegas colgó y suspiró aliviado, visualizando cómo, a partir de ahora, las piezas de un hipotético *puzzle* empezarían a ordenarse con más facilidad en torno a dos ejes gravitatorios: su cerebro y el sentido común.
Como apenas quedaban diez o doce cintas en cada uno de los montones -tal vez menos en el de las enmascaradas-, Benegas estimó que bastaba con que Sampedro y Maqueijan se quedaran rematando la labor y se llevó consigo a Vázquez y a Marita, una vez que, ya constatadas las pruebas, no era necesario que la subinspectora siguiese visionando cintas y más cintas. Se trataba, en cualquier caso, de pequeños flecos,

identificar el lugar donde había sido grabada -salvo un par de ellas siempre en algún despacho de la facultad o la propia casa de Medina, según comprobaron-, y la mujer implicada en la escena. y poco más. Por muchas cosas que uno haya visto en esta vida, hay que tener mucho estómago para aguantar impávido mientras a un semejante lo filetean, lo trocean y le analizan sistemáticamente hasta la papilla que pueda haber en el suyo, después de levantarle la tapa del abdomen como una lata de anchoas. Cuando llegaron, el trabajo ya estaba hecho pero la lata aún seguía abierta. Marita apartó la cara con un mohín de repugnancia y, conforme Pozo colocaba de nuevo la piel en su lugar correspondiente, dándole un par de puntadas diríase que casi con mimo, emitió un sonido tan prolongado y gutural que a los demás les pareció que se esforzaba en pronunciar un apellido polaco. En ese momento, Vázquez creyó enamorarse definitivamente de ella. Lo creyó, sólo lo creyó, esas cosas, en fin..., es todo tan contradictorio. Pozo se quitó los guantes manchados de sangre, se dirigió hacia ellos con los brazos abiertos y, exquisito anfitrión, los acercó hacia la mesa de charcutería y taxidermia con la mejor de sus sonrisas. Benegas observó que tenía miguitas de mazapán en la comisura de los labios, el tío debía tener las provisiones por ahí escondidas. No muy alto y luchando continuamente contra el sobrepeso, Agustín Pozo -al que todos en Jefatura llamaban El Pozo porque era el tío que más controlaba en asuntos de fiambre-, era un hombre dicharachero y locuaz con una sola debilidad confesa: las mujeres, sobre todo las que le daban calabazas. O sea, todas. Cuando se fijaba en sus exagerados y acuosos ojos verdes y en los hilitos de sudor que a veces le surcaban el rostro y la frente despejada, como

ahora, Marita no podía evitar verlo como una gigantesca babosa bípeda.

-Acertaste, Benegas -lo felicitó, retornando la conversación telefónica.

- Lo mataron la noche de antes, ¿verdad? -Así es. Este tío llevaba muerto por lo menos ocho horas cuando lo encontraron bailando. Salvo que él diga lo contrario. y lo demuestre, claro -exhibió el forense de nuevo su fúnebre sentido del humor.

- Lo sabía -se reivindicó ante sí mismo Benegas.

-Murió por ahorcamiento, es cierto, pero subió prácticamente cadáver al patíbulo. Al principio me despistó que la coloración cianótica de los labios y del rostro no fuese demasiado intensa, el tío este debía tener buenos capilares, o que la rigidez de las articulaciones no fuese la esperada en un principio, por eso nadaba y guardaba la ropa cuando me preguntabas, pero un análisis más profundo del cadáver me lleva a confirmarte con absoluta certeza que debieron pasar varias horas desde el óbito hasta que lo encontrasteis. Pero hay algo más. Mira, ¿ves esta señal? - Pozo lo instó con un gesto de su mano regordeta a acercarse un poco más al cadáver-. A simple vista se disimula bajo la marca más grande de la soga y parece una rozadura menor producida por la misma, pero en realidad se trata de un desgarró distinto, y con mayor derrame sanguíneo...

- Es decir, que estaba vivo cuando lo colgaron -siguió el hilo Benegas.

- Pero inconsciente, pues lo estrangularon antes con una cuerda o un hilo bastante más fino, no sé..., tal vez un cordón o un cable, aún no puedo asegurarte con qué -le contestó el forense-. Aparte del yeso adherido a la soga, no hemos encontrado ningún tipo de fibras o restos incriminatorios en el

cadáver, lo cual me resulta ciertamente extraño. Es como si el asesino se hubiera dedicado a borrar pruebas concienzudamente -pareció disculparse Pozo.

- Tal vez lo hiciera. Tiempo tuvo para ello, desde luego -conjeturó el inspector-. Si las cosas sucedieron como dices, ¿hubo lucha, pudo defenderse Medina?

- Lo intentó, de hecho tiene un par de uñas raspadas - Pozo cogió una mano del cadáver y le mostró el dorso-. Pero no pudo hacer gran cosa, si acaso aferrarse a la cuerda que lo asfixiaba. Ataque rápido y violento. De un profesional o de un desesperado, ya sabes. Y lo hicieron por detrás, pues la rozadura, como podéis ver -dijo dirigiéndose por primera vez a los tres- se extiende por casi todo el cuello, y es más profunda en la parte delantera. Luego, cuando lo creyeron muerto, lo colgaron, o descolgaron para ser más preciso, desde un altura no muy considerable, pues los desgarros musculares en toda esa zona no son excesivos, y no se corresponden ni de lejos con los de un peso que se deja caer a plomo al vacío, eso por descontado, aunque la altura de la que estemos hablando no sea mucha, como es el caso que nos ocupa.

-¡Ajá! -dijo Benegas, a punto de aplaudir la lección-. Y restos de semen reciente tampoco habrás encontrado, ¿verdad?

- Pues no, de eso no he encontrado nada -dijo Pozo descolocado, los ojillos brillándole golosos-. No sé por qué lo preguntas, pero seguro que también has acertado. Mientras se despedían del forense, Beni hubo de soportar de su parte otro par de comentarios más, del mismo dudoso gusto, acerca del hipotético interés que despertaba en la jueza Salinas, pero estaba de tan buen humor que no sólo no le incordiaron, sino que rápidamente les buscó un huequecito en su maltrecha vanidad viril.

Antes de regresar, Marita necesitó ir al baño a

recomponerse mínimamente las vísceras después del espectáculo. Vázquez y Benegas prefirieron esperarla en el vestíbulo del Anatómico. Al fin y al cabo, hacía tanto frío afuera como en la cámara donde Pozo acababa de guardar los restos de Medina.

-O sea, que la viudita Reinares nos ha mentado, ¡vaya, vaya! Desconfiaste de ella desde el primer momento y al final vas a tener razón -le reconoció el subinspector.

- Habrá que volver a interrogarla mañana, a ver qué historia nos cuenta ahora. Llámala y que esté a primera hora en mi despacho, Andrés. Y pide también una orden de registro de su casa, haz el favor. Pero eso lo dejaremos ya para mañana. ¡Ah, mañana!, mañana..., gloriosa palabra. ¡Estoy agotado, tío, hecho polvo, no puedo más! -claudicó Benegas.

Y como el glorioso de mañana también iba a ser un día de esos de los que te piden los papeles, el inspector jefe decidió que ya estaba bien de darle vueltas al caso, ¡siempre con lo mismo!, que no todo en esta vida iba a ser sangre, vísceras y cadáveres que se empeñan en hablar desde el más allá. ¡ O mejor aún!, que ya inmersos como estaban en el lodo de la casquería, hay veces en las que uno debe preocuparse por la principal de esas vísceras: la cordial. Así que, con un cierto aire entre equívoco y burlón, aprovechando su momentánea ausencia, le entrometió a Vázquez:

- Hoy Marita estaba como siempre: más guapa que nunca. Por un momento he creído que Pozo se la iba a comer con los ojos, ¿te has dado cuenta? ¿Será eso lo que los forenses llaman autopsia visual?

- Pozo no deja nunca de mirar así a todo el mundo, jefe. y si es una mujer ni te cuento. Parece mentira que no lo conozcas.

-¿Te molesta?

-¿El qué? -preguntó extrañado Vázquez.
 -Que la mire tanto, ¡coño!, ¡qué va a ser! -exclamó el inspector.
 - Pero qué cosas tienes, ¿por qué me iba a molestar? -requebró Vázquez.
 -¡Que soy perro viejo, Andrés, que soy perro viejo, auuuuh! -imitó Benegas lo que a él le parecía el aullido taciturno de un perro sabelotodo. Cuando el inspector se ponía cómico podía llegar a grados de patetismo inenarrables.
 - Lo que faltaba, jefe, ¡ahora alcahuate! No te lo tomes a mal, pero lo de Blanca te está afectando más de lo que tú mismo te quieres reconocer. Deberías llamarla.
 -¿Debería?
 - Deberías, te lo digo yo, que no soy tan viejo, pero algo sé de esos asuntos.
 -¡Pssschiis...!, tal vez tengas razón -se dio Benegas una mínima esperanza -. Y de lo otro qué -volvió a la carga el inspector-, no sueltas prenda, ¡eh! Secreto del sumario total -se burló Benegas.
 - ¡ Pero qué quieres que te diga, si no hay nada de nada, de verdad, jefe! Sino te lo habría dicho; qué más me dará a mí. Buena sí que está, pero lo último que se me ocurriría en esta vida es liarme con alguien del trabajo.
 -Andrés, Andrés..., ¡qué mal camino llevamos; qué mal camino!
 -Bueno, lo que tú quieras, no vamos a discutir ahora. Pero ¿tú sabes lo que tiene que ser llegar a casa y creer que sigues de servicio?
 - Hombre, visto así, tiene que ser jodido, no lo discuto. Pero también la tiene uno más a mano para un desahogo durante toda la jornada.
 -Pero bueno, jefe, ¡por favor!, cuánto tiempo hace que

no echas un caliqueño -preguntó jocoso Vázquez. -¡Eh, eh, eh!, quieto ahí, que no estamos hablando de mí. Y además, ¡eso sí que es secreto del sumario! -¿El qué es secreto de sumario? -preguntó Marita, que se les había acercado por detrás sin que se dieran cuenta y era lo único que había podido captar de la sesuda conversación-. ¿¡Otra vez su señoría Salinas, malmetiendo!?

-¡Joder, y yo me tengo por un experto sabueso! ¡Comparado contigo soy un chucho, eso es lo que soy! -exclamó Benegas, porque el tiro al aire de Marita le había dado en la diana del pensamiento que más le rondaba estos días. ¡Qué cosas más enrevesadas piensan las mujeres!, se dijo el inspector, que cuando ponen la máquina en funcionamiento aciertan sin querer hasta lo que nosotros no deberíamos pensar. Al escuchar la contestación, Marita se quedó mirando a Vázquez, entre inquisidora y enfadada, haciéndole ese tipo de gestos que pueden significar, alternativamente, varias cosas. Entre ellas: a) pero por qué se lo has dicho ya, no habíamos quedado en b) a cuento de qué ese lenguaje criptado que os traéis entre manos como si fueseis adolescentes; a cuento de mí, tal vez, o c): qué coño significa todo esto, así, en general, como diría Espadas abarcando el mundo con sus manos. A lo que Vázquez, echando balones fuera como pudo, contestó: - Nada, nada, Marita. Tú déjalo estar. Tonterías nuestras. ¡Anda, vamos para el coche!

Abandonaron la calidez uterina del automóvil y apretaron el paso hacia la comisaría, apenas unos cincuenta metros. El frío proveniente de la sierra era tan cortante que dejaba cicatrices en la cara si te quedabas cinco segundos quieto. Vázquez y Marita desaparecieron pasillo al fondo, secreteando. Todavía estaba Benegas echándose el aliento en las manos para

entrar en calor cuando Maqueijan y Sampedro reclamaron su atención. Ya hacía un buen rato que habían terminado de clasificar el material cinematopornográfico y querían que viese una cosa, algo extraño a su juicio.

- Era la última cinta, o una de las últimas, ¿verdad, Maq? Sólo se ve eso, jefe. Bueno, verse, verse, no se ve nada. Se intuye más bien -se corrigió Sampedro-. Suponemos que él es Medina, pero a ella no hay forma de identificarla, es un bulto que se mueve. Es como si se hubiesen dejado la cámara encendida sin darse cuenta; o no quisieran que se les viese, qué sé yo...

- No creo que esto tenga mucha salida comercial, la verdad -dijo Maqueijan-. ¿A quién se le ocurre grabar un cuarto oscuro? A nadie, evidentemente, se dijo Benegas. Al menos no creía que a Diego Medina se le ocurriese. Lo más normal es que se tratase, en efecto, de un descuido y Medina conservase la cinta para aprovecharla y grabar encima de la misma otras escenas. -¿Quién puede ser ella, jefe: Susana Vidal?, ¿sería esto lo que estaba buscando? Tal vez seguía viéndose con Medina; tal vez Calvente tenga que ver en todo esto más de lo que creemos - intentó Sampedro sacarlo de su ensimismamiento dando palos de ciego.

Pero no lo consiguió. No lo consiguió porque en ese instante, sumido en la completa oscuridad que reflejaba la pantalla del televisor, Benegas comprendió. Lo comprendió todo, y la débil y tenue lucecita que pugnaba por abrirse paso en su cerebro se convirtió de repente en la sirena ululante del coche patrulla en el que mañana irían a practicar la detención. Porque en ese instante todo cobró su exacto sentido, un torrente de vectores -sospechas, coartadas, detalles

inconexos- convergiendo en la misma dirección: el nombre de la persona que acabó con la vida de Diego Medina.

- Esa mujer que no se ve es Lourdes Reinares, de eso estoy seguro -afirmó Benegas con una contundencia que incomodó a Sampedro-. Mañana a primera hora la hemos citado y os quiero a todos aquí, ¿de acuerdo? -ordenó el inspector jefe -. y que dejen libre a Susana Vidal cuanto antes, el marido debe estar que trina contra nosotros -resopló.

Aparte de comprobar un par de detalles, Benegas fue consciente de que tenía el caso centrado en la mirilla, apenas faltaba apretar el gatillo. Pero eso sería mañana. Mañana. Habían sido dos días intensos, tal vez demasiado, aunque a fe suya que los necesitaba. Pero ahora, ciertamente, estaba agotado, desecho. Y no sabía si era tanto por el trabajo en sí, demoledor, como por la perspectiva de tener que regresar a casa.

Enfiló el pasillo sin apenas despedirse, un guiño a Maqueijan en todo caso, contraseña de solitarios. Estos días deberían prohibirlos, pareció contestarle aquél. Ya tenía el picaporte en la mano cuando escuchó un murmullo a su espalda, y la voz de Andrés que lo llamaba.

-¿Tienes un momento, jefe?

-¿Qué pasa ahora? -preguntó con desgana Benegas. Por un instante dudó si darse la vuelta o enfiar la calle; más problemas hoy, no, ¿desde cuando un hombre no puede reunirse con sus desdichas en paz? Detrás de Vázquez asomaban Marita y Sampedro. Maqueijan también se unió al grupo, parsimoniosamente, como todo en él.

-No, no, no pasa nada. Es que..., verás, como estos días son así, y sabemos que estás pasando un mal momento, pues...

-¿No me estaréis invitando ala cena de Nochebuena, no? - aunque impostó un tono de comicidad, le dio conmisericordia de sí mismo mientras preguntaba. ¿¡Dios santo, tan transparente

es la radiografía de la soledad?!

- No, no; no es eso. Es que te hemos comprado un regalo, hombre. Toma -y Vázquez le extendió una caja algo más grande que una de zapatos, envuelta en papel de colorines y un lazo fucsia. Benegas la tomó en sus brazos y se quedó mirándola, extrañado.

-¿Y esto qué es?

-Ábrelo y lo verás -le urgió Marita. De ella había partido la idea, y por eso inquirió ásperamente con la mirada a Andrés en el Anatómico, pues por un momento creyó que éste se había ido de la lengua, adelantando la sorpresa que ahora esperaba al jefe. Benegas le pidió a ésta que sostuviera la caja, le quitó el lazo, retiró el envoltorio con cuidado, como siempre hacía con sus escasos regalos, y la abrió. Así al pronto, aquello que se movía con dificultad en el fondo de la caja le pareció un bebé foca, blanco y redondo, acurrucado en su capazo para darse más calor, sin poder abrir del todo unos ojillos negro tizón con los que parecía estar radiografiando a su nueva familia, esto es, ese hombre con cara de pasmo que lo levantó a plomo ante la concurrencia. Todavía le duraba esa cara de bobalicón que a uno se le queda cuando le dan una sorpresa ante la cual no tiene muy claro si deshacerse en agradecimientos con los bienintencionados promotores, o liarse a tiros con ellos, cuando exclamó lo evidente: -¡Un perro! -Un samoyedo -concretó Marita-. Un perrito de las nieves, muy navideño. En la tienda nos dijeron que son muy cariñosos.

-¡Ah, vaya..., gracias! Un perro de las nieves -repitió Benegas, compadeciéndose ya del pobre animalito para cuando el verano cordobés se presentase en plan caníbal, con ese

abrigo de piel las iba a pasar canutas-. Yo nunca he tenido ninguno..., no sé cómo me vaya manejar con él, pero muchas gracias. Muchas gracias a todos, de verdad -les dijo con absoluta sinceridad.

-Seguro que serás un buen padre -bromeó Marita-. Y si no, aquí estamos todos para cuidarlo a ratos. ¿Cómo se va a llamar? -se interesó, acariciándole el pelo, blanco y sedoso.

-Pues, no sé. Así de repente no se me ocurre ningún nombre -dudó Benegas-. Bueno, sí. Sí que se me ocurre: como estamos en los días que estamos y así a primera vista es verdad que parece un copo 'de nieve, se va a llamar Navidad -fue el bautizo de Benegas a su perro. Cuando llegó a casa, lo acomodó lo mejor que pudo en el lugar más resguardado de su propia habitación, se tomó un ,:aso de leche caliente y se acostó, a intentarlo por lo menos. Últimamente dormía poco y mal. En un gesto mecánico e inexplicable, extendió su mano por debajo de las mantas y acarició el lugar que debía ocupar Blanca, su lado del colchón. Estaba frío, demasiado frío, como un beso a destiempo. " Por eso se fue ", se dijo Benegas. No había sido por su reiterada negativa a tener hijos, o a someterse a cualquier tratamiento al respecto parapetado en que no serviría de nada luchar contra una esterilidad congénita y caprichosa con que los astros le hacían pagar a su familia algún agravio prehistórico-; ni tampoco se les había escurrido el amor o el cariño poco a poco entre las manos, como Blanca le dijo la tarde que se marchó, no sabía si definitivamente. Eso eran excusas, simples parapetos. Blanca se fue por la misma razón por la que se van todas las mujeres de los policías, pensó Benegas atravesado de soledad y ausencia: porque llega un momento en que te cansas de compartir tu vida con el lado más frío del colchón. " Por eso se fue, Benegas,

por eso se te fue, que lo sepas" , se dijo a punto de llorar, con las lágrimas ya a flote, las muy puñeteras.

Un.extraño.déjàt.vu

Se supo tan al descubierto, allí en mitad del pasillo, que se le paralizó hasta el último de los músculos. Apenas le había dado tiempo a buscar la maldita cinta, si es que en realidad estaba allí, demasiado tiempo perdido en el despacho de Diego. Respiró con dificultad, creyéndose morir. Una ráfaga de claridad, inmediatamente barrida por la propia sombra de la puerta le permitió entreverla. No había duda: el esbelto cue~o de Lourdes. Ésta cerro con llave y pareció inde~isa, como si hubiese notado una presencia extraña en la casa. El se dijo que aquello no podía salir bien de ninguna de las maneras. Estaba pensando en cómo acabar con ella cuando Lourdes comenzó a acercársele, lentamente, jadeando, desnudándose a cada paso. Entonces comprendió. Tal vez Diego no hubiese fantaseado ni un ápice. Todavía repiquetea en su mente el golpeteo de aquellos tacones, acentuando la oscuridad que los envolvía. Por una vez, la suerte estaba de su parte. Todavía sin controlar el alocado ritmo de su corazón, se desnudó conforme ella se lo solicitaba, intentando amontonar convenientemente su ropa para facilitar después la huida. Tenía la boca seca y los labios fríos -todo su cue~o le parecía de hielo, en realidad-, pero a pesar de la tensión acumulada, en cuanto sintió sus húmedos besos y su aliento lascivo, restregándose por todo su cue~o como una bailarina de *striptease*, no pudo evitar una estruendosa erección. Ella era hábil, tanto como Diego prometía

sin que hubiera que sonsacarlo demasiado. Suavemente, Lourdes pareció llevarlo hacia el dormitorio. Él la abrazó entonces por la espalda y besó su cuello, guiándola de esta manera a través de la oscuridad de una casa que conocía a la perfección. Al llegar a la cama, Lourdes lo montó a horcajadas, le hizo escalar su brumoso monte y, finalmente, con sus explícitos movimientos y gemidos, lo invitó a que la penetrara por detrás; él dejándose hacer, ella dejándose ir en una red de caricias. En efecto, Diego no había fantaseado un ápice, todo se estaba desarrollando como él siempre contaba. La percutió entonces con furia, como si le fuera la vida en ello, no sabría decir por cuánto tiempo. Al cabo, Lourdes cayó rendida en su lado de la cama, apenas pronunció un estertor, que él no acertó a comprender, antes de dormirse. Entonces le acarició el oscuro perfil, los labios mojados, algún bucle del cabello, supuso. Debía estar preciosa aureolada por el rubor sexual, supuso también. Transcurrieron unos instantes que le parecieron siglos. Cuando al fin se cercioró de que Lourdes dormía, se levantó, caminó sigilosamente a través de la cada vez más profunda tiniebla hacia donde intuía que debió dejar la ropa, y se vistió a tuestas; ya comprobaría afuera que lo había hecho correctamente. De nuevo en el pasillo, a punto estuvo de caer al enredársele en los pies la blusa de Lourdes, abandonada en el suelo a los primeros escarceos.

Abrió y cerró la puerta con mimo de ladrón, buscando desesperadamente una bocanada de aire. Sintió como nunca el frío cortante y mesetario de la cercana sierra, demasiado frío para una ciudad como Córdoba, a pesar de que las Navidades estuviesen a punto. Un frío tan estremecedor, en aquella madrugada inundada de muerte, como el beso de unos labios fríos, se dijo, recordando sin saber muy bien por qué aquella triste canción de su niñez.

Feliz.Navidad,Sr.Benegas

Más que despertarlo, el alocado ring, ring, ring le produjo un ligero sobresalto. Llevaba ya un buen rato desvelado, mirando fijamente la completa oscuridad que inundaba el dormitorio, rota cada tanto por el parpadeo centelleante y machacón de algún lejano adorno navideño callejero, cuando reparó en el nuevo inquilino. Al fondo del dormitorio, arrebuñado en su capazo, brillaba la nívea tersura de Navidad. Benegas se levantó y, guiado por el reflejo de los festivos colorines en la ventana, se acercó hasta él y lo acarició. El tío dormía como un bendito, ajeno a las tribulaciones familiares. Antes de marcharse, tendría que hacer una lista con todo lo que Marita le dijo que necesitaba -vacunas, collar, preparados de leche, biberón..., ¡un biberón!, ¡a estas alturas de su vida un biberón, si Blanca supiese!- y dejársela a Celia, la señora que dos días a la semana le adecentaba la casa y le guisaba para que no todo en su dieta fuesen vivos e inclasificables sabores de oferta, con el *nota bene* subrayado de que lo fuera comprando poco a poco y mirando precios, que tampoco estaba el presupuesto para dispendioso La tierra húmeda para el pipí fue lo último que apuntó, ya con la puerta abierta para marcharse. Llegó a comisaría al mismo tiempo que Lourdes Reinares, casi tuvo que cederle el paso a su coche -un utilitario descascarillado de segunda mano- en la barrera de identificación. El interrogatorio fue rápido; rápido y directo, como sucede

cuando uno sabe lo que va buscando. Al principio ella dijo que eso era imposible, dejando por mentiroso a Pozo y al cuerpo nacional de forenses si hiciera falta, pero cuando Benegas le mostró las cintas, en especial aquella en la que sólo se la intuía, le fue imposible negar la evidencia. Esa fue la primera vez que, ahogando un gemido, juró y perjuró que ella no lo había matado. Benegas aprovechó el momento de debilidad.

- Porque fue eso lo que sucedió hace tres noches, ¿no, Lourdes?
-insistió Benegas.

-Es que es tan íntimo eso que me pregunta... -rompió a llorar la interrogada.

- Hágase cargo - se excusó el inspector-. Si no fuese de vital importancia no le haría una pregunta así, créame, a nosotros ni nos va ni nos viene su vida privada. Pero fue así como sucedieron los hechos, ¿verdad? ¿O me equivoco? -dio la vuelta de tuerca definitiva.

- No, no se equivoca - gimió Reinares-. Me gustaba creer que era su forma de demostrarme que me quería -reconoció entre sollozos, viéndolo todo perdido, viéndose del todo perdida-. Pero le digo que yo no maté a Diego, lo juro. ¡Yo no lo maté! Yo lo quería. ¡Lo quería demasiado!

- Ya sé que usted no lo hizo, tranquilícese -intentó calmarla Benegas, obviando el arrebató pasional-:Y cuando lo haga, si quiere, puede marcharse, ¿de acuerdo? Pero yo que usted esperaría por aquí hasta que regresásemos, siempre es mejor ser precavidos -se despidió Benegas de una Lourdes Reinares desconcertada por el ritmo de los acontecimientos. No sabía cómo pero el inspector le había descubierto hasta el último detalle de su más secreta intimidad con Diego. Y por un momento creyó que eso la incriminaría sin remedio. ¿Qué otra cosa, sino una expresión de ese miedo, era el hipo concienzudo y tarambaina con que despidió al inspector? , mientras afirmaba

con la cabeza su absoluta disposición a esperarlo recluida incluso en el más abyecto de los calabozos si él se lo pidiera. “ Una cosa más ”, se dijo Benegas antes de cerrar el caso, y descolgó el auricular para hacer un par de comprobaciones. A este paso, las distintas operadoras telefónicas lo iban a hacer socio honorario del mes. No le llevó mucho tiempo recabar la información. “En efecto, inspector, la señora estuvo aquí sobre las diez de la mañana” , le confirmaron. Más trabajo le costó el cerrado acento portugués, pero la palabra *parking* es de uso y dominio internacional. Luego llamó a Vázquez y le preguntó si recordaba a qué hora intentó localizarlo por primera vez. El subinspector le dijo que no lllás allá de las ocho de la mañana, seguro. Las ocho de la mañana, repitió casi silabeando. Tiempo más que suficiente, por tanto, el círculo completamente cerrado. Faro no está tan lejos, al fin y al cabo. - Tres horas a lo sumo, ¿no? -preguntó Benegas. - ¡Y menos con un coche como el que dices que se gasta! -contestó Maqueijan, que era quien conducía el automóvil camuflado, camino de casa de Sarmiento. En el asiento de atrás, Vázquez y Marita asistían a las disquisiciones de Benegas, que proseguía armando el rompecabezas.

- Ese fue el primer detalle que me hizo sospechar, Maq. Sarmiento me dijo que regresó a Córdoba sobre las tres y media de la tarde, tras atar un par de cabos en el congreso internacional. Por su parte, la esposa asegura que apenas sale de casa, si acaso para recoger a sus hijas del colegio, como ese día hizo, en efecto, a media mañana; ha sido lo último que he comprobado. Y ambos me confirmaron que ninguno de los dos había vuelto a salir del chalet desde entonces. No queda otra que pensar que ella fuese a por sus hijas en el Micra, aparte de más cómodo para circular por la ciudad -razonó

Benegas-, porque el coche de mayor potencia se lo llevó su marido para el viaje, la ficha del *parking* del hotel lo corrobora. Sin embargo, cuando fui a interrogarlos, el todoterreno estaba aparcado en el lugar más profundo de la cochera, y el utilitario detrás, como si fuese su pequeño remolque. Si, como ambos declararon, no habían salido de casa desde que cada uno llegó, y Sarmiento regresó a Córdoba por la tarde y su esposa a media mañana, deberían estar aparcados al revés, ¿no?; primero el Micra y detrás el tanque gigantesco...

- Debería ser. Debería -concedió Marita.

- Debería, claro, debería -remachó Benegas, la cabeza en otra parte por un momento, nuevo tiro al aire, nuevo blanco en el centro de la diana-. Pero es que el día que apareció el cadáver de Medina, Sarmiento regresó a Córdoba no más allá de las once o doce de la mañana, después de varias horas de conducción y una noche algo más que agitada -continuó el inspector, ya con la atención en su sitio-. El día anterior, tras dejarse ver convenientemente en Faro en el inicio del congreso, Sarmiento vino a Córdoba a última hora de la tarde, cuando la facultad está prácticamente despoblada debido a la cercanía de las vacaciones navideñas. Conocedor de sus horarios y costumbres, sorprendió a Medina en su despacho, lo estranguló, lo colgó para mantener su coartada con la idea de regresar esa misma noche a Portugal, y se fue inmediatamente a casa de Medina a buscar la cinta. Pero allí, lo sorprendió a él Lourdes Reinales. Se sobrepuso al inicial sobresalto con una sangre fría que, imagino, sólo da el miedo. Bueno, con sangre fría y porque, a grandes rasgos, sabía lo que iba a suceder a continuación. Diego se habría jactado varias veces de ello delante de él, y no me preguntéis si le iba contando los detalles que no se veían del todo bien en el vídeo. A Lourdes le gustaba hacerlo a oscuras. Conociendo las aficiones y el negocio de su

amante, hacerlo sin luz ni taquígrafos era para ella una especie de demostración de amor eterno. Imagino que para Medina no dejaba de ser otra clase de juego; en fin..., no soy yo quién para juzgar eso -se reprendió Benegas, la sombra magretiana de nuevo al acecho-. El caso es que hicieron el amor en la oscuridad, brutalmente, en silencio, como solían... - De ahí su primera declaración -terció Vázquez. -Que yo no acabé de creerme del todo. Y nunca dije que nos estuviera mintiendo deliberadamente, sólo que si en pleno orgasmo alguien tiene los labios tan fríos como para que ella lo note es, una de dos, o porque está muerto de verdad o porque está muerto de miedo -aclaró el inspector-. Cuando Pozo me confirmó la hora exacta de la muerte, todo empezó a cobrar un cierto sentido. Reinares confundió a Sarmiento con Medina, que a esas alturas era ya un completo fiambre. O al menos no los distinguió. Si os fijáis, no difieren mucho en altura y corpulencia. Incluso el olor contribuyó al equívoco, pues esa noche Sarmiento debía oler igual o muy parecido a como normalmente olía Medina, a tabaco de pipa, pues al cargar con su cuerpo de acá para allá mientras lo colgaba lo más lógico es que la ropa de uno impregnase la del otro. La oscuridad y saber al dedillo qué es lo que tenía que hacer en cada momento hizo el resto. - ¡ Bueno, y la necesidad; que también ayuda!, ¡ya puestos en faena...! -bromeó Vázquez en negro. Si seguía por esos derroteros ya mismo podía formar un dúo con Pozo. Sin aplaudir la presunta gracia, Benegas continuó: -Antes de que Reinares despertara, Sarmiento salió de la casa, pero sin haber conseguido la cinta. Condujo hasta Portugal de madrugada, llegó al hotel en que se alojaba sobre las seis o seis y media, lo cual no extrañó a nadie, horario universitario, co~o tú dices, Andrés, también he comprobado

ese extremo llamando al hotel; y cuando vio que la policía portuguesa no iba a intervenir ni siquiera para localizarlo en su habitación, puesto que lo hiciste tú mismo -se dirigió de nuevo a Vázquez- a través de su esposa...
-Ocho de la mañana, jefe, minuto arriba, minuto abajo, seguro -dijo éste.
- Pues regresó inmediatamente para Córdoba. Llegaría sobre las once, once y media como mucho, ya digo. Aparcó en su casa y se encaminó a la de Medina, donde se le fue el resto de la mañana buscando la cinta que la inoportuna llegada de Reinares le impidió encontrar. Disponía de un juego completo de llaves, y era normal que en esa casa estuviesen sus huellas por todas partes, debido a la mucha relación entre Medina y su familia. Todo muy bien montado -reconoció Benegas-. Si no llega a ser por los detalles.
- Pues no es detalle menor colgar a peso un cadáver. O el miedo da energías, o el tío este tiene una fuerza descomunal escondida no se sabe dónde -objetó Maqueijan.
- No te creas, y además no lo colgó a peso, la autopsia es bien clara al respecto. Es mucho más fácil. Tras sorprenderlo, lo estranguló por la espalda, supongo que con algún cable de las obras que están haciendo para instalar la calefacción. Una vez lo creyó muerto, preparó el decorado. Movi6 la mesa hasta colocarla en el centro del despacho para hacernos pensar que Medina saltó impulsándose desde ella, levantó el cuerpo y lo depositó sobre la misma, tampoco hace falta una fuerza sobrehumana para eso. Luego colocó una de 'las sillas sobre la mesa, irguió el cadáver y lo sentó en ella, asegurándolo. Pasó la cuerda por las dos vigas y se la colocó alrededor del cuello, un par de nudos l~ parecieron suficientes. Lo único que quedaba era tirar del otro extremo de la cuerda. El cadáver, como comprenderéis, quedó colgado de inmediato sobre la

altura en la que lo encontramos. Finalmente, aseguró ese extremo de cuerda desde el que tiraba al picaporte de la puerta más cercana, colocó la mesa en su lugar habitual, imagino que borraría también algunas huellas o pruebas que pudiesen haber quedado si se produjo lucha entre él y Medina, y ordenó los papeles que éste pudiera estar consultando. Los ordenó demasiado bien, como no los tendría alguien que sólo está pensando en quitarse la vida; otro detalle que me hizo sospechar desde un principio que no estábamos ante un suicidio. Como veis, no es tan complicada la operación ni se necesita la fuerza de un titán. Es pura física.

- ¡Ajá! -claudicaron al unísono Maqueijan y Marita. Vázquez a punto estuvo de aplaudir.

Siguiendo las indicaciones del jefe, Maqueijan giró a la izquierda, la vista puesta en la línea de parterres y jardines pulcramente perfilados que se extendían hasta el fondo de la calle. En un par de chalets habían colocado bombillas en los abetos del jardín, fabricando gigantescos y naturales árboles de navidad. "¡Joder, es que falta nada para nochebuena" , se dijo Benegas al verlos, sin sentir nada especial, la primera sin Blanca ni nada por el estilo, simple constatación del calendario en todo caso. A estas horas de la mañana, el silencio era tan sobrecogedor en toda la urbanización, que incluso molestaba el leve chirriar de los neumáticos sobre la gravilla rompiendo la quietud del entorno. Pero cuando vio a lo lejos la cancela abierta de par en par, le pidió a Maqueijan que acelerase. Este lo hizo bruscamente, lanzó el coche cuesta abajo y aparcó el coche taponando la única salida posible del chalet. Se escuchó entonces un frenazo en seco procedente del interior, el turboinyección de Sarmiento embocaba ya la huida, imposible a todas luces.

Se dejó detener dócilmente, no hizo falta siquiera ponerle las esposas, y durante la detención y el posterior traslado permaneció imperturbable, como si estuviese visualizando su futuro a partir de ese momento. En realidad, aquél hombre se había liberado al fin de un peso que durante tres días le había resultado insoportable. Es más, cuando estuvo a solas con él en la comisaría, a Benegas le dio la impresión de que Sarmiento intentaba huir casi por obligación, más por proteger a su esposa e hijas que por convicción propia.

Lo confesó todo, sin ambages, a cuento de qué a estas alturas: si se hubiese tratado de su mujer lo hubiera aguantado, "como aguanté tantas otras cosas a lo largo de mi vida", dijo. Es más, se sinceró, estaba convencido de que hubo un tiempo en que a ella le hubiese encantado tal posibilidad, no pondría la mano en el fuego porque no se lo hubiese propuesto a Medina una y más veces.

- Pero Diego quería más, ¿sabe usted? Ese fue siempre su problema: que siempre quería más. En todo - Benegas asintió en silencio-. Hace un par de meses, a la hora de hacer el cambio de vestuario y guardar la ropa del verano, Trinidad descubrió un antifaz y un corpiño de cuero en el armario de nuestras hijas... -Y una cosa es ver, oír y callar, y otra ser tonta, ¿no? -adujo el inspector.

- Después de presionarla, Belén nos lo confesó. Y lo peor fue que el disfraz no era para ella, sino para su hermana menor. ¡Mi pequeña Lucía...! ¿Sabe usted qué fue lo primero que se me vino a la cabeza en ese momento? Su risa. Curioso, ¿verdad? -se contestó-. Aquella risa infantil suya, cada vez que jugábamos y yo la elevaba en brazos, y la sostenía..., y me juraba a mí mismo que nada le iba a suceder nunca a mi niña porque yo iba a estar siempre a su lado para protegerla... -Sarmiento se

mordió el labio inferior, sin poder continuar-. Ya supondrá qué fue lo segundo: desde ese día la suerte de Diego estaba echada. Trinidad y yo nos miramos como hacía mucho tiempo que no nos mirábamos, y no hizo falta decir nada más. Lucía tiene apenas catorce años recién cumplidos, señor inspector, ¿sabe usted de qué le estoy hablando? -casi le imploró, a modo de resumen. Sí y no, se contestó Benegas para sus adentros. Él era policía, un buen policía, pero ni siquiera se había atrevido a ser padre, ni bueno ni malo. Aunque desde los dos prismas entendía todo lo que hubiera que entender. "Un caso difícil éste, Benegas, no lo dudes, te lo dije bien clarito", se reconvino, los labios fruncidos, los puños crispados sin que hasta ahora lo hubiera notado. Luego se levantó, cerró la puerta y dejó a Sarmiento a solas. En estos casos es lo único que se puede hacer. Lo único y tal vez lo más decente que se puede hacer. Un par de días después Benegas estaba en su despacho, apuntillando el papeleo del caso, cuando Vázquez y Sampedro entraron en tropel con una copita de anís y una bandeja de mantecados, estos últimos cortesía de Jefatura ante la inminencia de las fiestas. En fin, esas cosas que se suelen hacer en estos días hasta en las empresas más serias. De fondo martilleaba en algún transistor el soniquete rítmico y monocorde de los niños de San Ildefonso, imposible acostumbrarse a esa letanía en euros. Al poco se sumaron Maqueijan -que no le hizo ascos a la copita, a pesar de no ser un entusiasta del evento- y Marita, colofón final del trabajo bien hecho. En medio de la fiesta, Benegas se dejó caer en el respaldar de su maltrecho sillón, respiró hondo e intentó relajarse. De repente, se acordó. Aún debía estar inserta desde el otro día, se dijo. Tocó

con la yema de los dedos y vio que así era. Extrajo la cinta de la ranura y la envolvió en una bolsa de plástico, tal vez le sirviese como prueba a la defensa. Maqueijan le ofreció un polvorón, que él rehusó, ¡anda que los del Ministerio se iban a estirar, de supermercado barato, y listos! Sarmiento hubiese dado su vida por encontrar esa cinta. La buscó en todos sitios menos en el más evidente, sobre la mesa de trabajo desde la que descolgó el cadáver de Medina, en uno de cuyos cajones la encontró Benegas al día siguiente, no en vano la de Lucía era una de las que actualmente más se cotizaba en Internet. Le apeteció turrón, pero no había del blando, ¡vaya! Esa cinta, además, junto a aquella otra que dejaba intuir a Reinales en la más absoluta oscuridad, fue el elemento definitivo que, como un haz de luz repentino y clarificador, le permitió pasar de las sospechas a los fundamentos, centrar el caso definitivamente, sin atisbo de duda ya, aunque en un primer momento confundiese a la hermana protagonista, Belén por Lucía, la que él medio atisbó por la que desde el primer día le ocultaron. Pero eran demasiado parecidas para que aquella imagen congelada por Maqueijan no llamase su atención: esa cuidada tez morena, esos grandes, dulces y almendrados ojos negros, ese esbelto perfil mediterráneo resultan inconfundibles. A los primeros compases de un villancico se bebió un trago largo de anís para que no le pidieran que acompañara. Con la copa en la mano permaneció absorto un instante, mirando alternativamente a sus compañeros y al vacío, representado en esta ocasión por sus cábalas y pensamientos. No se le iba de la cabeza la maldita imagen, las fauces del diablo devorando la carne del hombre. "Si es que no cambiamos desde lo de la manzana de Adán. Diablasas, ¡ay, las diablasas!", se dijo Benegas, sumándose a la fiesta como uno más.

Dicen que las borracheras de anís son las más peligrosas, que a la mañana siguiente de una de ellas el más sonado de los boxeadores parece un tipo lúcido a tu lado. No estaba a punto del K.O. pero le hubieran venido muy bien las doce cuerdas para apoyarse cuando llegó a su casa. Entre unas cosas y otras la fiesta se prolongó hasta media tarde, espontánea comida incluida; lo dicho, esas cosas que se suelen hacer durante esos días. Al cerrar la puerta despertó a Navidad, que salió de su capazo como pudo y, torpe e inseguro, trastabillándose, fue a recibirlo moviendo el rabo. Benegas lo cogió del suelo y lo alzó en brazos, sonriendo. El cachorro era la viva imagen de un oso de peluche para niños. Sobre la mesa, una nota en la que Celia le decía que le había dado el último biberón poco antes de marcharse, o sea, no hacía mucho. Además, había dejado la siguiente toma preparada y una sorpresa en el horno para él: *papillotde* lubina y carne trufada, ya tenían cena los dos, bastaba con que la calentase; "¿qué hombre puede decir que un trozo de cielo visita su casa dos veces por semana?", la bendijo Benegas. En el contestador tenía un mensaje. Sacó entonces de lo más recóndito de alguno de los bolsillos de su abrigo -¿o era de la chaqueta; o era del pantalón?- el móvil y vio que, en efecto, había una llamada perdida. Con el jolgorio no debió escucharla. Cuando pulsó el OK, la voz de Blanca volvió a inundar el salón. Le deseaba lo mejor al hombre que la escuchaba inmóvil, las lágrimas a punto de saltársele otra vez, con el paracaídas puesto ya, la madre que las parió. "Yo también a ti, Blanca, que seas muy feliz", le dijo el inspector al magnetofón. Tras un breve silencio, Blanca respondió: "igual mañana te llamo, y si puedes nos vemos, ¿vale? Adiós. Trata de ser feliz". El clic metálico que saltaba al final era el sortilegio que

lo sacaba del encantamiento. Sino todavía estaría allí, alelado en medio de la habitación, pasándole la mano por el lomo a Navidad, que se dejaba hacer. Escuchó el mensaje siete u ocho veces, hasta convencerse de que este golpe de suerte no era un efecto perverso del año.
-¡Vaya! ¿Has oído, Navidad? -le dijo al perro, que lo miraba soñoliento-. Igual mañana llama. Igual mañana nos vemos y entonces, bueno, Dios dirá...
Luego se desvistió, calentó las cenas, puso la mesa, se sentó en su sillón tras servirse un jerez y acurrucó al cachorro entre sus brazos.
Y mientras nos llama, tú y yo vamos a intentar ser felices, ¿vale, chaval? Pues, lo dicho -el inspector levantó su copa en un brindis solitario por el futuro, la voz un poco pastosa ya-: que seas hoy muy feliz, Navidad.

FIN

Este libro se terminó de imprimir
el día 18 de Enero de 2004,
festividad de Santa Prisca, en los
Talleres de Yecla-Grafic.

LAVS DEO